



JULIA Y DELFINA BUNGE

# ESCUELA

LECTURAS ESCOLARES

PARA

TERCER GRADO

APROBADO POR EL HONORABLE  
CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN  
CON FECHA 22 DE SETIEMBRE 1933  
EN EXPEDIENTE NÚM. 10.497  
EDITADO EN SETIEMBRE 1933.

1.30

# ESCUELA

APROBADO  
POR EL H. CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN  
CON FECHA 22 DE SETIEMBRE DE 1933

JULIA Y DELFINA BUNGE

30.595

O. R.  
B. N. de

# ESCUELA

LECTURAS ESCOLARES  
PARA  
TERCER GRADO

CABAUT Y C.ÍA  
"LIBRERÍA DEL COLEGIO" — ALSINA Y BOLÍVAR  
BUENOS AIRES

242 x 292



---

Hecho el depósito que marca  
la ley número 7092.

Es propiedad de las autoras.  
Queda prohibida toda re-  
producción.

---

*A nuestra madre.*



## LA ESCUELA ABRE SUS PUERTAS

¿Saben los niños apreciar lo que, para ellos, es la escuela?

Sus padres suelen no tener tiempo de darles largas lecciones, o de responder a todas sus preguntas. Mas he aquí, al frente de cada clase, a una maestra, cuya única ocupación es la de *instruir* y *educar* a los niños.

Pero ¿qué saca la maestra con querer instruir y educar al niño, si éste se resiste? ¡También el niño debe querer instruirse y educarse! Para no ser como un animalito salvaje...

El primer día del curso escolar, la señorita Elcira ha reunido a los chicos, desde el tercer grado hasta el sexto, en el gran salón. Y les ha hablado:

Primero, de los *beneficios*, que los niños reciben de la escuela.

Segundo, de los *deberes* que hacia la escuela tienen los niños.

—¡Cuántos chicos, en el campo — les dice — deben recorrer, cada día, largas distancias para ir a clase! ¡Cuántos se considerarían felices de asistir a ella, y se ven privados de tal bien, por no haber ninguna escuela cerca del lugar que habitan!

Ustedes, a quienes esta escuela abre hoy sus puertas ¡no sean ingratos a la escuela!

## TRES BUENOS ALUMNOS

Entre los chicos que con más atención escucharon a la señorita Elcira, están Adita, Juan y Jorge. Adita entra a quinto grado, Juan a cuarto, y Jorge a tercero.

Los tres hermanos tienen, cada año, especial empeño en no perder el primer día de clase. Y durante todo el curso, tratan de faltar lo menos posible. Saben que, siendo puntuales en la *asis-*

tencia, todo se aprende sin dificultad. Y que, mientras menos se falte a las clases, más gusto se les toma.

El niño que va al colegio un día sí y otro no, se siente como perdido. Por no haber oído lo que explicaron ayer, no comprende lo que explican hoy. ¿Cómo entender un cuento, dejando de oír el principio, o el medio, o el fin? Lo mismo sucede con las materias de estudio...

La mamá de Adita, Juan y Jorge, ha entrado con ellos a la escuela, para saludar a la maestra, llevando consigo a Tito, su hijito menor. Éste, que ha cumplido cinco años, anuncia que el año siguiente se le verá, también a él, con su guardapolvo y su cartera. Dice que le gustaría ir desde ya al colegio... pero nada más que a los recreos.

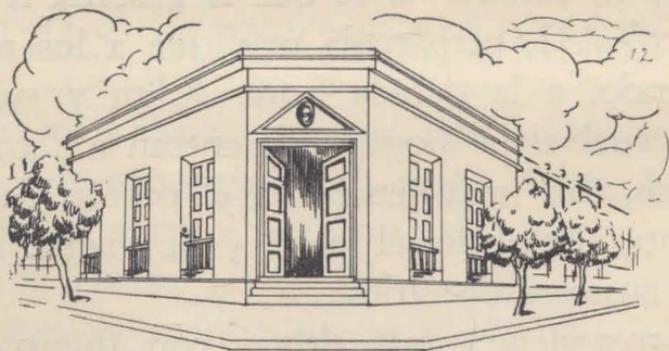
Cuando, a la debida hora, Adita y sus hermanos vuelven al hogar, encuentran a Tito esperándolos, con impaciencia, en el portón de la casa-quinta. También el papá y la mamá los esperan, ansiosos de oírles...

Los tres vienen muy alegres, con ánimo de ser este año muy aplicados; lo cual alegra también a los papás. Luego, muestran los libros de lectura que les han tocado.

Tito mira las figuras, y quisiera que le contaran, a la vez, el contenido de los tres libros. ¡Hasta el papá y la mamá se interesan en esas lecturas! Al devolver los libros a sus hijos, les recuerdan que deben cuidarlos. La mamá señala, a cada uno, el sitio donde han de guardar todos los útiles.

—¡Y no se olviden de guardar también las bolitas, para jugar en el recreo! — les recomienda Tito.

—Yo no juego a las bolitas — contesta Adita; — pero no olvidaré mi cuerda de saltar. No hay mejor ayuda para entrar en calor, en los días fríos.



LA ESCUELA

## LAS COMPOSICIONES

Algunos días después, la señorita Elcira, que sigue reuniendo, de cuando en cuando, a los chicos de los cuatro grados superiores, para las “clases de composición”, dice a los alumnos:

Estoy muy contenta con las composiciones que me han traído. Han comprendido muy bien cuanto les he dicho sobre la escuela. Lo que más me satisface, es ver que todos la encuentran agradable. Y les agradezco, de corazón, el cariño que me demuestran.

Entre los variados ejercicios escolares, entre cuanto aquí se ve y aprende, cada uno ha elegido el asunto que más le interesa. Juan, que es tan ordenado y puntual, atribuye esos méritos suyos a las enseñanzas de la escuela.

María Delia se ha contentado con escribir que lo que más le gusta son las fiestas y los cantos. María Delia es un poquito perezosa para las composiciones. A Max le sucede lo mismo; prefiere a todo, el recreo y la gimnasia. Marco Arturo muestra especial afición a la Historia Argentina, “la historia de la grandeza de la patria”; y Victoria

siente gran entusiasmo por los versos y la recitación.

A todos los niños les gustan mucho los cantos, versos y comedias. Pero, quizá les sea aún más agradable el ver recompensada su aplicación al estudio, con una buena clasificación al fin del año.

Las mejores composiciones son las de Adita, Manolo, Cecilia, y las de Juan y Roberto. Al corregirlas, las he completado, añadiéndoles algunos párrafos. ¿Quieren que las leamos en alta voz?

—¡Sí, sí, señorita!

—Bueno, niños. Mas como ellas nos darán tema de conversación, leeremos sólo una por día.



RECITANDO UNA POESÍA...

# SEGUNDA FAMILIA Y PEQUEÑA PATRIA

(COMPOSICIÓN DE ADITA)

La escuela es como una *segunda familia*, principalmente para los huerfanitos, a quienes debemós tratar con especial cariño.

Si un *alumno* falta varios días, por estar enfermo, cuando, ya sano, vuelve a clase, sus camaradas lo reciben con alegría.

Si alguno comete una falta grave, todos nos avergonzamos por él. En cambio, si otro es caritativo o lleva a cabo una hermosa acción, nos alegramos y decimos con orgullo: “es compañero nuestro”.

Dice la señorita, que la buena reputación de la escuela depende de la conducta de cada uno de nosotros; que en esto la escuela es también una *pequeña patria*. Y que, por lo tanto, si aprendemos a cuidar del nombre de la escuela, sabremos, más tarde, cuidar del nombre de nuestras familias, y del honor de nuestro país.

# NUESTROS CONDÍSCÍPULOS

(COMPOSICIÓN DE MANOLO)

Dice la señorita Elcira que, si nos portamos bien y nos hacemos querer por maestros y compañeros, conservaremos de la escuela un recuerdo muy grato.

Añade que, cuando han transcurrido algunos años, es muy dulce encontrarse con los que fueron nuestros *condiscípulos*, y recordar las horas felices en que jugábamos y estudiábamos juntos.

Dice también que, muchas veces, en los bancos de la escuela se forman las mejores amistades, para toda la vida. Porque allí es donde mejor podemos conocernos unos a otros. Tratemos, pues, de que nuestros camaradas puedan tener de nosotros buena opinión.

El que aprende a tratar amablemente a sus compañeros, y a hacerse querer en la escuela, sabrá luego hacerse querer en todas partes.

Cuando se produzcan discusiones y dificultades en los juegos, elijamos un juez entre los mayores y más juiciosos; hagámosle oír las razones de las

dos partes, y aceptemos su fallo para acostumbrarnos a ser justos.

Si alguno de los compañeros es muy pobre, tratemos de ayudarle. Prestémonos gustosos los útiles y los libros; pero cuidemos con respeto las cosas ajenas.

Los recién entrados en la escuela imitan a los más antiguos. Los más antiguos deben, por lo tanto, dar buen ejemplo; y deben también tratar con cariño a “los nuevos”, para que pronto se encuentren éstos en la escuela como en familia.



UNA CLASE DE LECTURA...



## LA SEÑORITA ELCIRA

(COMPOSICIÓN DE CECILIA)

¡Qué buena es la señorita Elcira! ¡Cuánto nos quiere!

Ha estudiado muchos años, para poder darnos los conocimientos más útiles e interesantes. Además, las lecciones dadas por ella resultan siempre fáciles y muy amenas.

Mientras estudiaba, aun antes de conocernos, pensaba en sus futuros discípulos con cariño. Y ahora que nos conoce, se interesa por cada uno en particular.

Observa nuestros caracteres, para dirigirnos y

corregirnos sin hacernos sufrir. Su mayor empeño es que tengamos buenas maneras, que lleguemos a ser útiles a los demás... Y desea, ante todo, que seamos buenos.

Nosotros hacemos lo posible por no recargar su tarea. Ella dice que es muy agradable enseñar a niños atentos y sumisos, y que es una recompensa muy grande verse querida por sus discípulos.



UNA CLASE DE COSTURA



## PUNTUALIDAD Y ORDEN

(COMPOSICIÓN DE JUAN)

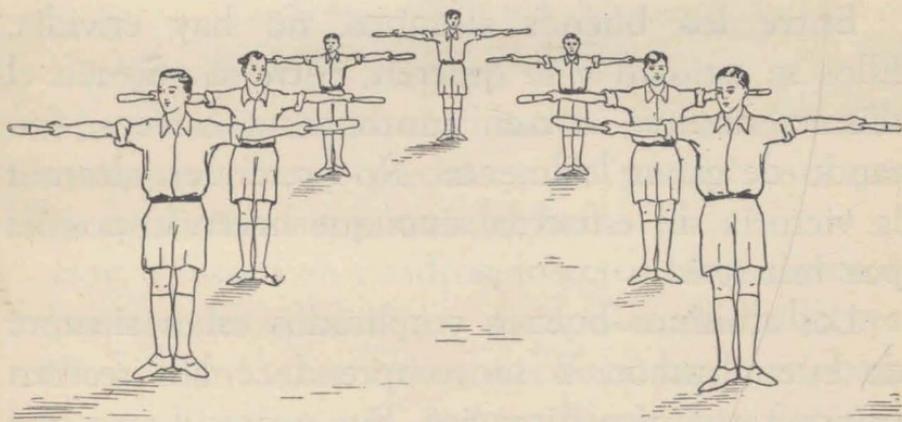
En la escuela aprendemos a ser *puntuales*. Si llegamos tarde a clase, la maestra nos reprende y nos hace ver que quien no sabe ser puntual, no llegará nunca a ser un hombre de provecho.

También aprendemos a ser *ordenados*. En nuestro pupitre tenemos, muy en orden: los libros, los cuadernos, el lápiz, la lapicera, la pizarra, la goma y otros útiles. Algunos nos los dieron nuestros padres; otros son prestados por la escuela.

Si perdemos los útiles, nos veremos privados de ellos durante el resto del año, o bien ocasionaremos a nuestros padres gastos innecesarios.

Si rompemos o manchamos los libros que la escuela nos presta, cuando estudien en esos mismos libros otros niños, preguntarán: ¿cómo se llama el desordenado que usó estos libros?

En nuestra casa guardamos la ropa doblada y cepillada, y no dejamos nada fuera de su sitio. Pues debemos ser ordenados en nuestras casas lo mismo que en la escuela.



UNA CLASE DE GIMNASIA

# EL ESTÍMULO

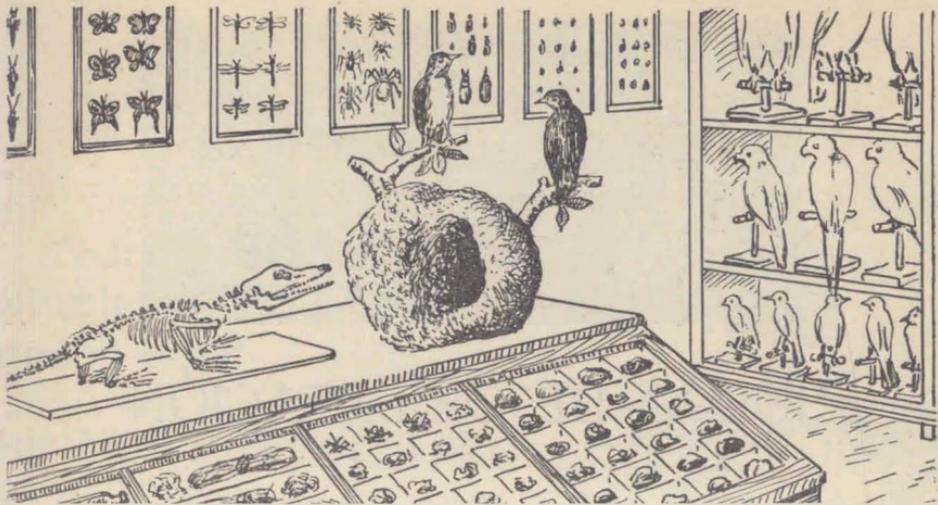
(COMPOSICIÓN DE ROBERTO)

¡Es un noble goce el de ser el primero de la clase! Y el deseo de no dejarse ganar por los compañeros, es un gran *estímulo* en el estudio.

Entre los buenos alumnos, no hay envidia. Ellos se estiman y se quieren, entre sí. Siguen el mismo camino, corren juntos una carrera, tratando de ganar lealmente. No pretenden alcanzar la victoria sin esfuerzo, sino que hacen lo posible por *merecerla*.

Los alumnos buenos y aplicados están siempre de buen humor. Y se comprende... No reciben nunca retos ni penitencias. Sus padres y maestros se muestran contentos con ellos. Y, a más, se ven apreciados por sus condiscípulos. ¿No es como para desear imitarlos?

El ejemplo de los buenos alumnos es también, así, un gran *estímulo* para todos.



## EL MUSEO

(COMPOSICIÓN DE JULITA)

Me encanta visitar el *museo* de la escuela. Allí vemos muestras de piedras y de productos vegetales de distintos puntos del país.

Hay, clavados en cuadros, insectos muy curiosos y bonitos, lo mismo que mariposas de brillantes colores. Tanto los insectos como las mariposas son muchísimos... ¡y todos diferentes! Forman *colecciones*.

Lo que más me gusta son los pájaros *embalsamados*, con los ojos de vidrio. Hay dos horneros que parecen vivos. Están sobre una rama, junto a la casita de barro que se han fabricado.



## JUEGO DE ORIENTACIÓN

(EN EL RECREO)

Le vendo los ojos a Juancito, y le hago dar vueltas en el patio para *desorientarlo*. Frente a la puerta de entrada, le pregunto: ¿Dónde estás?

—Frente al salón de gimnasia — dice Juan.

Le hago dar vueltas de nuevo. Frente a nuestra clase, le pregunto: ¿Dónde estás?

—Frente a la puerta — dice Juancito.

Le hago dar vueltas por tercera vez. Y le pregunto: ¿Dónde estás?

—Frente a la galería.

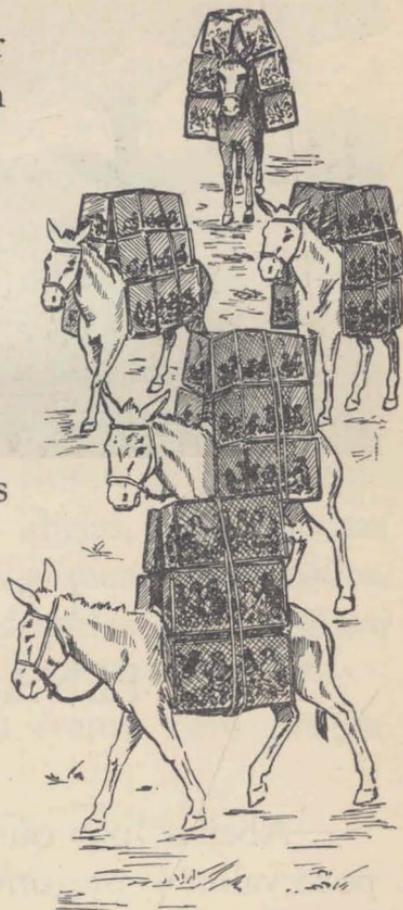
—Esta vez, Juan, has acertado.

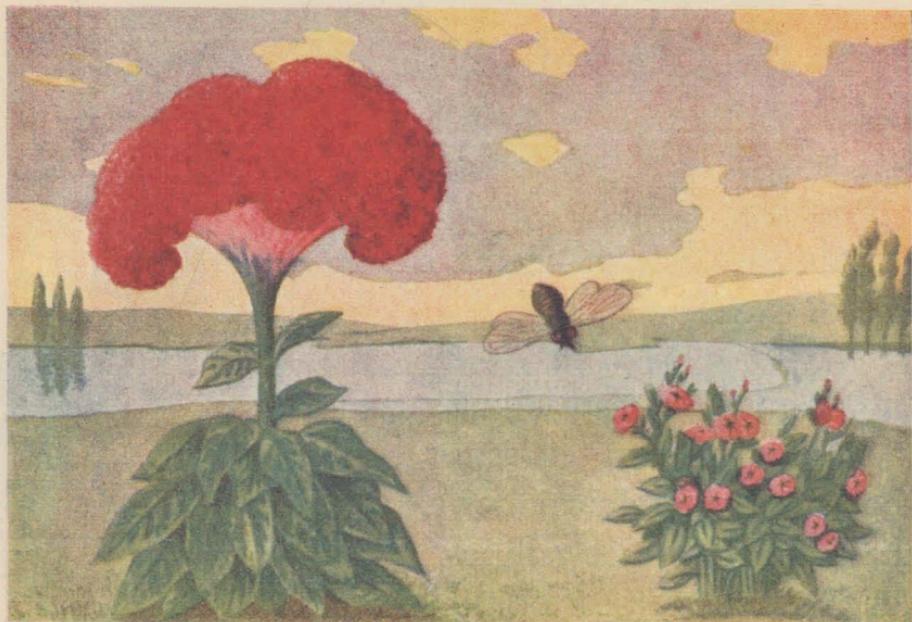
Le quito la venda de los ojos. Luego Juancito hará lo mismo conmigo, hasta que yo sepa decir dónde estoy.

# PROBLEMA

¿Podrían ustedes resolver mentalmente este problema, sin lápiz ni papel?

Por el camino de San Nicolás iba un hombre con seis asnos, cada asno con seis cajones, cada cajón con seis gallinas, cada gallina con seis pollitos; asnos, cajones, gallinas, pollitos ¿cuántos iban a San Nicolás?





## LA ABEJA Y EL PENACHO COLORADO

—Abejita ¿por qué acudes a esas flores de tan poco valor? —preguntó el penacho colorado, enderezándose orgulloso sobre su tallo.— Tan pobres son, que se avergüenzan ante la luz del mediodía, y permanecen cerradas durante las horas más

brillantes... Hay flores mucho más bellas en el jardín — añadió mirando de frente al sol...

“Penacho colorado” se sentía envidioso y ofendido de que le fueran preferidas unas florecitas tan insignificantes como las “buenas tardes”. ¿No era él una majestuosa “cresta de gallo”?

—He visitado muchas flores — contestó la abeja; — pero, en ninguna he encontrado jugo tan dulce y abundante como en esta florcita humilde, que baja la cabeza cuando el sol la mira. Como es tan modesta, unas pocas gotas de rocío le bastan para vivir. Así, durante las sequías del verano, ella continúa brindándonos su frescura, mientras las rosas, y casi todas las otras flores, se marchitan. Por esto acudimos a ella las abejas, las mariposas y los moscardones; ella tiene alimento para todos. Hasta los niños se sienten atraídos por su suave perfume.

No basta, pues, erguir la frente para probar su mérito.

## ¿APRENDERÁ?

—¿Estoy parecido, Pipo?

—¡Qué risa! ¡Tito cree que el perro lo va a conocer en su retrato! ¿Verdad, papá, que no lo ve?

—Yo creo que no, Juancito. Hubo, sin embargo, un sabio que hizo muchas experiencias con su perro; y aseguró que éste le había reconocido en un gran cuadro en que estaba retratado.

Lo cierto es que aquel perro aprendió a distinguir, unos de otros, varios cartoncitos del mismo tamaño y forma, por los distintos colores con que estaban pintados. Su dueño conseguía que le alcanzara el cartoncito que deseaba, según se lo pedía.

—¿Y la música, papá? Yo conozco varios animales a los cuales les gusta la música. La cotorra de Julita, se para sobre el candelero del piano, mientras ella toca, y trata luego de imitar las escalas y los trinos.

—Manolo le ha enseñado a un zorzal a cantar *vidalitas*.

—¿Y los canarios de casa? Cuando oyen cantar

o tocar algún instrumento de música, se entusiasman y cantan con más alegría que nunca.

—El perro de Cecilia, en cambio, llora cuando oye música triste...

—Todo eso es cierto, chicos. Y hay algo más: los caballos de los soldados *de caballería* llegan a distinguir los diferentes toques del clarín.

—¡A ver, Pipo! ¡Tienes que hacerte músico!

—¿Pretendes, Tito, enseñarle el violín?

—El violín, no. Pero le enseñaré a tocar el tambor. Sus propias patas son buenos palillos...  
¿Aprenderá?



## EL VIDRIO DE AUMENTO

—¿Quién me trae una mosca?

—¿Nos pides una mosca, papá? ¿Y dónde la encontraremos ahora, después que nos has hecho perseguirlas tan encarnizadamente? Yo creo que ya no quedan, en la casa, ni para muestra...

—Si es así, mucho debemos felicitarnos. La mosca es uno de los más terribles propagadores de las enfermedades.

Jorge se empeña en cazar al vuelo la única mosca que se ve en el comedor. Juan y Adita corren a la cocina donde no hallan ninguna, porque la cocinera es muy cuidadosa. Y mientras tanto, Tito toma, entre sus deditos, una que ha visto presa en una telaraña, entre las plantas.

—¡Ya la cacé! — dice triunfante.

—¿Tú o la araña?

—Con la red de la araña la cacé yo.

—A Tito le toca mirarla primero con mi lente— dice el papá.

Y Tito mira la mosca a través del vidrio.

—¡Qué fea! — exclama. — Casi me da miedo, con esa cabeza tan peluda, y con sus seis patas peludas también.

—No se diría que es así ¿verdad, Tito?

—¿A ver? — dice Jorge. — ¡Oh! ¡Qué ojos tan grandes tiene! ¡Con razón no podía yo cazar la mía!  
Mira Adita y dice:

—¡Qué bonita es el ala! Tiene venas como las hojas de las plantas. El borde es, en una parte, como un serrucho, y en lo restante como un flequito de seda. Parece una hojita de cristal.

Juan, que esperaba su turno con impaciencia, exclama, por fin, al mirar:

—¡Hola! Yo veo otra cosa... ¡Pobre mosca! Tiene un bichito pegado...

Don Augusto miró entonces, y dijo:

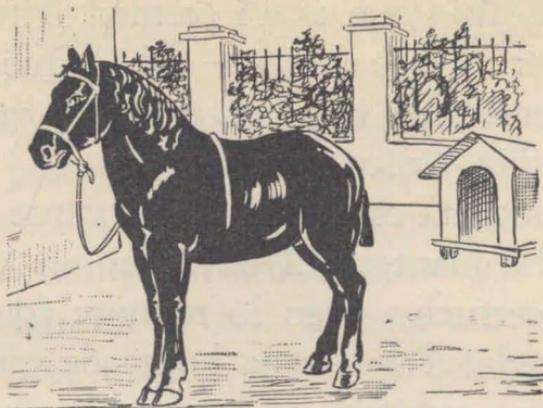
—Sí; es un parásito.

—¿Qué es *parásito*, papá?

—*Parásito* se llama a la planta o animal que vive a costa de otra planta o de otro animal, a quien algo perjudica siempre. Por eso, de los hombres que no trabajan en nada, se dice que son parásitos de la sociedad. Hacen, en ella, el papel de estos bichitos en la mosca.

—¡No es muy lucido, que digamos!





## AZABACHE

Mi petizo se llama Azabache. Me conoce, y come azúcar en mi mano.

Monto en él y salimos a pasear todas las tardes. Lo que más nos gusta es galopar por los buenos caminos. ¿Verdad, Azabache?

Donde hay barro, vamos “al paso”, porque si Azabache resbalara, nos daríamos un malísimo golpe; una *costalada*, como dicen los paisanos.

También las barrancas las bajamos al paso, inclinándome yo hacia atrás, para guardar el equilibrio. En cambio, al subir una cuesta, me inclino hacia adelante, y dejo flojas las riendas para que Azabache pueda agachar la cabeza.

No soy miedoso, pero quiero ser prudente. Si no lo fuera, papá y mamá estarían siempre inquietos, y no me dejarían salir solo.

En cuanto llego a casa, si Azabache ha sudado mucho y hace frío, le pongo una manta encima. No le doy agua cuando está cansado.

Azabache come el pasto del potrero, y a veces le doy también alfalfa, maíz y afrecho.

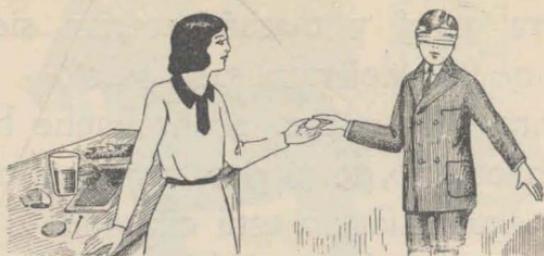
Lo lavo echándole baldes de agua. Cuando puedo, lo llevo al río para hacerle tomar un baño. Después lo peino con una rasqueta, y le arreglo las crines.

Azabache es muy bueno, pero no hay que abusar de su paciencia. Ayer lo montó Roque. Lo hacía correr y parar de pronto; le pegaba sin motivo; le hacía cosquillas en las orejas. Impacientado, al fin, Azabache lo arrojó al suelo.

Bien merecido lo tuvo.

¡Pobres caballos y petizos! Me da pena verlos maltratados.

Todo esto es lo que Lorenzo, que vive en el campo, les dice a Juan y a Jorge, después de haberles oído alabar el petizo que les regaló su tío. ¡Es una buena enseñanza!



## JUGANDO AL CIEGO

—Adivina ¿qué es esto?

—Es el mármol de la mesita.

—¿En qué lo conociste?

—En que es *frío*, *duro* y *liso*.

—¿Y esto?

—Es *suave*, es *flexible*; es algodón.

—Ahora dame el dedo, ¿qué es esto?

—Es agua.

—No; es vino.

—Es cierto; ya siento el olor. Esto que me haces tocar ahora es *curvo*; está *tibio*; parece un huevo recién puesto, o calentado.

—¿Y esto?

—Es *plano*, tiene bordes; es la pizarra. ¡Qué *áspero* es lo que me das ahora! ¿Es la corteza de un árbol?

—Sí; es un pedazo de leña.

—Esto tan *liviano* es un papel. Esto, un pañuelo de seda. Y esto que tanto *pesa* ¿es plomo?

—Adivinaste; es el “tejo” con que jugamos a la rayuela. ¿Y esto?

—¡Oh, esto es demasiado fácil! Es un anillo, y me lo pongo. Bien me lo podrían regalar, por todo lo que he ido adivinando...

—Faltan dos cosas todavía; pero toca con cuidado...

—*Pincha*; es un alfiler... Y esto... es *afilado*.

—Has tocado la arista de una piedra. Por el tacto conoces, entonces: si una cosa es *fría* o *caliente*, *dura* o *blanda*, *rígida* o *flexible*, *suave* o *áspera*, *pesada* o *liviana*. Puedes también darte cuenta de su forma; de si es *curva* o *plana*, y saber si *corta* o si *pincha*. Y lo mismo si es *sólida* o *líquida*. Pero lo que no puedes saber es su color. ¡Pobre cieguito! Quítate la venda.

## EL AGUA

Pasan las nubecitas... Parecen vendedoras que preguntan: "¿Quién quiere agua? ¿quién quiere agua?"

Y en la tierra hay un concierto de voces que responden: "¡Yo, yo!" Desde las hierbecillas hasta los árboles gigantes, desde los pajaritos hasta los hombres, todos quieren agua.

Y las nubes tienen agua para todos. Sería muy triste carecer de agua. En algunas regiones es tan escasa, que tienen que transportarla, por diversos medios, de lugares muy distantes.

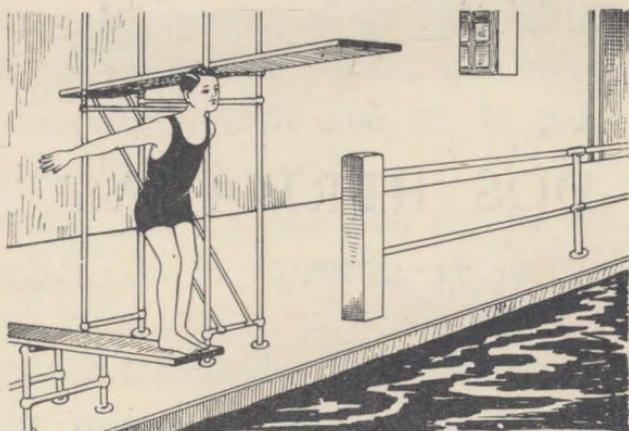
Aprovechemos nosotros que la tenemos en abundancia, para lavarnos siempre y bañarnos a menudo.

El agua es necesaria a la piel como el aire a los pulmones. Abre los poros por los cuales también respiramos.

Y la tenemos gratis; pues aunque las nubecitas parecen vendedoras que preguntan "¿quién quiere agua?", ellas la dejan caer sobre la tierra sin exigirnos nada en cambio.

Sin embargo, como en todas las cosas, con el agua debemos también ser moderados. No es bueno beber demasiado de prisa, ni darnos baños exageradamente largos. Tampoco debemos beber cuando estamos agitados por haber corrido o por cualquier otro ejercicio.

Nosotros quisiéramos poder decir a las nubecitas que pasan: “Sí, queremos agua; pero no tanta que pueda traer inundaciones”.



EN EL TRAMPOLÍN...



## DOS HERMANAS

CUENTO

Una mañana se veía, sobre el cielo azul, una nubecita muy blanca.

Los niños al mirarla decían: unos, que parecía una paloma; otros, que un cordero; otros, que un copo de algodón.

Por la tarde se puso aún más bonita. El sol, al

escondese, le dió muchos colores. Primero la volvió rosada; luego violeta y dorada. Parecía un tul de oro, o una rosa de fuego, o una piedra preciosa.

De pronto, se la vió ponerse gris, cada vez más gris y más oscura. El sol, alarmado, le preguntó:

—¿Por qué estás triste, nubecita? ¿No te gustan los colores con que te visto?

—¡Oh, sí! — contestó la interpelada. — Pero estoy triste, porque ando por el cielo buscando a mi hermana y no la encuentro.

—Yo la ví — contestó el sol. — Pasó delante de mí, hace un instante; se dirigía hacia el Sur... Justamente, empieza a soplar un vientecillo en aquella dirección. ¿Por qué no le pides que te lleve hacia allá?

—Gracias, buen padre Sol; seguiré tu consejo.

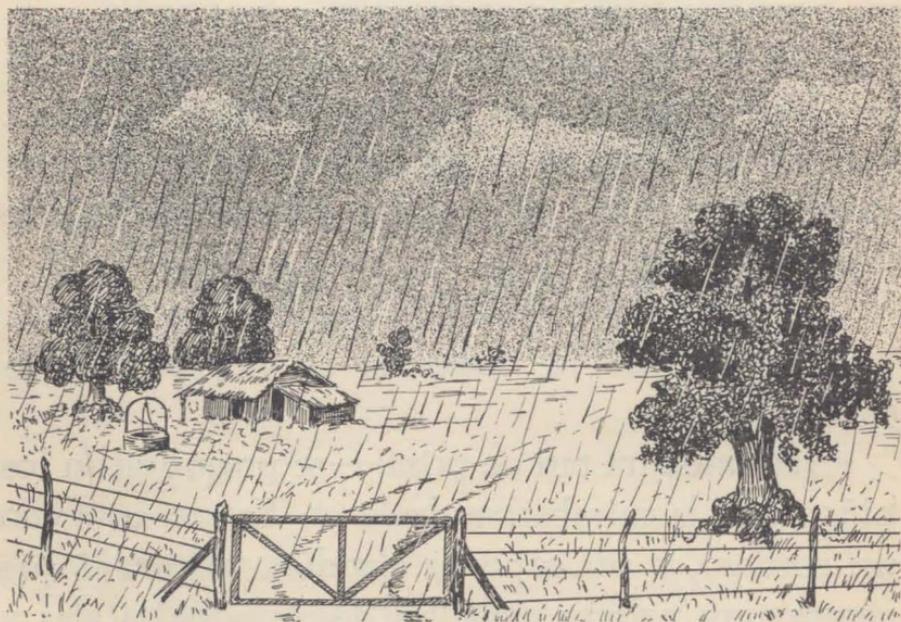
A pedido de la nubecita, el viento la llevó consigo.

—¿Adónde irá tan de prisa? — se preguntaron los niños que la miraban todavía. — Ya no es como un cordero, o un copo de algodón. ¡Ahora sí que parece una paloma, que ha desplegado las alas y vuelve afanosa a su palomar!

En eso, la nubecita llegó adonde estaba su hermana.

Al verse las dos, se dieron un abrazo muy apretado y empezaron a llorar de alegría.

Los niños recibieron en el rostro una inesperada lluvia. Era una lluviecita de verano que regocijaba a la tierra. Y cuando las hojas de las plantas estuvieron lavadas y brillantes, los pajaritos cantaron.



# VIZCACHA, VIZCACHÓN Y VIZCACHITA

¡Qué curiosidad tiene Juancito de conocer las vizcachas! En el fondo de la quinta, que estuvo unos años abandonada, hay algunas. Juancito las ha visto de lejos, a la luz de la luna, y lo único que ha podido observar es que se parecen a las liebres y a los conejos.

—Es que pertenecen, como ellos, a la familia de los *roedores* — le explica su papá.

Como durante el día las vizcachas permanecen escondidas en sus cuevas, bajo tierra, Juancito, que quiere verlas en plena luz, pregunta:

—¿No se puede cavar un pozo para encontrarlas?

—Habría mucho que cavar — le contesta don Augusto. — Las galerías subterráneas que conducen al salón donde se reúnen las vizcachas, tienen varios metros de largo, y dan muchas vueltas.

Para ver si consigue hacerlas salir, Juancito llama a Pipo, que es gran cazador, y le dice: “¡busca! ¡busca!”. Pipo olfatea, mete la cabeza por la abertura de la cueva, y gruñe.

Las vizcachas contestan, desde adentro, con otro gruñido. Pero Pipo no puede entrar en la vizcachera... Juancito se alegra de que no quepa, pues sabe que las vizcachas tienen dos dientes largos y arqueados, capaces de hacerle mucho daño. Lo ha visto en una osamenta encontrada al borde de la cueva.

También allí ha encontrado algunos objetos duros y brillantes: vidrios rotos, huesos y hasta un reloj de lata de Tito. ¿Para qué querrán esas cosas las vizcachas?, se pregunta.

Como un paisano le ha dicho que esos animales se reúnen de noche "a rezar", alrededor de sus cuevas, una noche deja abierta la puerta de su cuarto, y desde la cama escucha con atención. Pronto los oye.

—¡Oh!, ése no reza — piensa Juancito al oír un gruñido. — Es un vizcachón viejo... Se diría que rezonga... ¡Ah! Ahora oigo que rezan. ¿Será la vizcacha grande? ¡Las vizcachitas parece que estornudan! ¡Qué risa! Ahora discuten todas a la vez.

A la noche siguiente, no contento con oírlas desde su cuarto, se sienta delante de la cueva; y espera, inmóvil, en medio de la oscuridad. Ve salir primero una vizcacha, después otra... y otra...

Juancito las reconoce: “Éste es el rezongón, ésta es la rezadora y éstas son las vizcachitas que estornudan cuando hablan”... Como está tan quieto, y en la sombra, las vizcachas, que no saben lo que aquel bulto es, le rodean llenas de curiosidad.

Pero cuando empieza la discusión y el vizcachón da un gran resoplido, como diciendo: “¡cállense todos!”, Juancito se asusta y echa a correr. Y las vizcachas, despavoridas, se dispersan por la quinta.

—¡Al fin las he visto de cerca!— dice Juan, triunfante.



A LA LUZ DE LA LUNA...

## SANEAMIENTO DE LA QUINTA

Muy a tiempo ha satisfecho Juancito su curiosidad. Porque al día siguiente, su papá resuelve exterminar a las vizcachas.

—Es preciso *sanear* toda la quinta, para poder utilizarla — dice.

—¿Qué es *sanear*, papá? — pregunta Tito.

—Es curar el terreno de todos sus males; librarlo de las plagas. Hay que perseguir constantemente a las hormigas; y hay que terminar de una vez con los ratones y con las vizcachas.

—¿Vamos a matar a las vizcachas con escopeta, papá? — pregunta Juan.

—Hay otros medios más fáciles y más eficaces —le responde su padre.— Tú me ayudarás en la tarea; los demás se contentarán con mirar...

Con muchas precauciones, pues se trata de algo sumamente peligroso, don Augusto, ayudado por Juancito, enciende, en la boca de la cueva, una pequeña cantidad de *sulfuro de carbono*. El humo entra por las galerías, llegando a envenenar y asfixiar a las vizcachas.

—¡Pobres animales!— exclaman los chicos consternados.

—A mí también me dan lástima — dice don Augusto. — Pero son muy dañinos; nada se puede plantar en los terrenos *minados* por ellos... ¿Qué les parece preferible? ¿Tener la quinta llena de vizcachas, o de legumbres, flores y frutas?

—¡Yo voto por las flores! — declara Adita.

—Yo prefiero la fruta — dice Jorge.

—¡Para mí, que pongan choclos! — pide Tito.

—Sería muy conveniente — añade la mamá — tener en la quinta toda clase de verduras.

—De todo habrá — promete don Augusto.

Juancito, que se había apartado un poco, vuelve corriendo hacia los demás:

—¡Por allá sale humo! — advierte.

Y se descubre así, en el extremo opuesto del terreno, otra boca de la vizcachera. Con cascotes y con tierra la tapan en seguida.

A la noche siguiente, Juan escucha... ¡Ni vizcachón, ni vizcacha, ni vizcachita!... Todo está en silencio...

¡Ya no rezarán más a la luz de la luna!  
¡Pobres vizcachas!

## EL QUINTERO

Don Augusto llamó a un quintero hábil para que renovara el jardín, y para que convirtiera en una *huerta* la parte inculca del terreno.

La llegada de don Tomás y su familia, que fueron instalados en una casita, al fondo de la quinta, resultó un alegre acontecimiento para grandes y para chicos.

Don Tomás, con su barba negra, inspiró a Tito algún recelo; pero, se mostró luego tan bondadoso con los niños, que conquistó el afecto de todos.

Dejando para lo último el arreglo del jardín, el quintero comenzó a ocuparse de la futura huerta. Todo se hizo prontamente, porque fueron muchos los obreros: don Tomás, su mujer doña Micaela, y sus dos hijos mayores, Antonio y María. Don Augusto dirigía los trabajos; Adita, Juan, Jorge, y hasta Tito, interesándose en cuanto se hacía, encontraban siempre algo en qué ayudar.

El antiguo cerco de postes y alambres estirados que rodeaba la propiedad, fué reemplazado por

un cerco de alambre tejido para impedir la entrada de perros y gatos vagabundos.

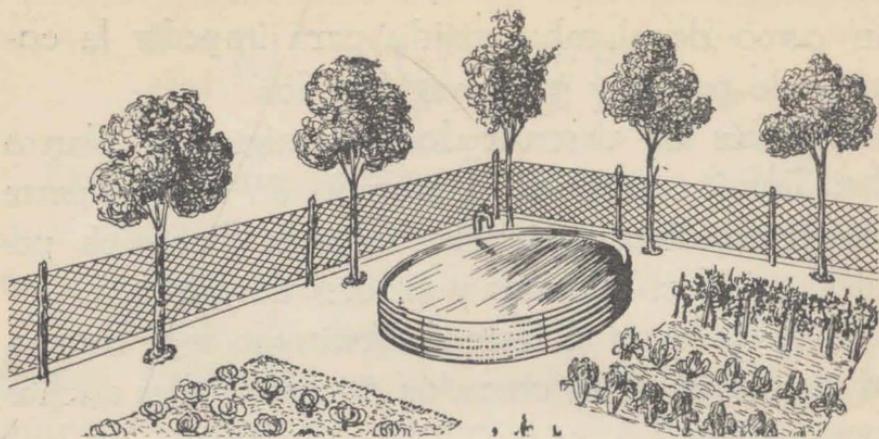
Después de destruir los hormigueros, plantó don Tomás, cerca del alambrado, en aquella parte del fondo, diversos árboles frutales: damascos, perales, guindos, higueras y árboles de durazno.

Dividió luego el terreno destinado a la huerta, en cuatro cuadros, cruzados por dos calles anchas y apisonadas.

Adita y María, sosteniendo una cuerda, cada una por un extremo, ayudaron a medir los cuadros. Y para conservar el trazado de las calles, Juan, Jorge y Antonio plantaron, en los bordes, tomillo y orégano.

Subdividió don Tomás los cuadros grandes en otros más pequeños, separándolos por caminitos angostos. Y después de cavar y desmenuzar muy bien la tierra, la mezcló con abono, dejándola así preparada para la siembra.

Pero antes de ponerse a sembrar, hizo el quintero una gran fogata con el pasto arrancado y con todos los desperdicios. Como la encendió al anochecer, ¡qué alegre resultó el aspecto de las llamas iluminando la quinta ya perfectamente limpia! Fué una fiesta, para todos.



## LA HUERTA

Estaba ya la huerta como pidiendo las semillas. Como diciendo: ¡Dénme los granos, y verán lo que soy capaz de producir!

No se resistió don Tomás a la invitación; y comenzó la siembra en la que, por cierto, interesáronse también los chicos.

Sembró primero habas y alverjas, dentro de pequeños surcos, en montoncitos de tres o cuatro granos.

Preparó *almácigos* de cebollas, de perejil y de otras *hortalizas* que se siembran en otoño; lo mismo que de coles, coliflores, escarola, lechuga y remolachas, plantas que pueden sembrarse todo el año.

Luego regó abundantemente los sembrados. Y,

para preservarlas de las heladas, cubrió, por último, las semillas, con una fina capa de tierra desmenuzada.

Cuando llegue la primavera, don Tomás sembrará alcauciles, papas, batatas, tomates, ajíes, berenjenas, apio, zanahorias, salsifíes y porotos. Sembrará también zapallos, y no olvidará, a su tiempo, los choclos reclamados por Tito. Ni olvidará, por supuesto, los melones y sandías, que tan frescos y agradables son en el verano.

¡Qué interesante va a ser ir viendo brotar las diferentes plantitas de todo lo sembrado! Y más aún, el verlas después, poco a poco, *florecer* y *fructificar*... Pues, si ha interesado la *siembra* ¡cuánto más interesará y alegrará la *cosecha*!

Don Augusto está satisfecho. Piensa que, dentro de poco, no precisarán ya ir a buscar las legumbres al mercado, y que las comerán más frescas. Y puede esperar que, en uno o dos años más, cuando el jardín esté a su vez concluído, y las plantas ya crecidas, tendrán en abundancia: legumbres, frutas y flores.



## JUEGO DE PROVERBIOS

Adita, Jorge, Manolo, Max, María Delia y Tito, sentados en fila, se preparan para un juego que despierta en ellos gran interés. Han elegido un *proverbio* muy conocido, y Juan debe adivinarlo.

Para esto, Juan, que ha estado ausente mientras se hacía la elección de la frase, volverá cuando lo llamen. Hará a cada uno, por turno, una pregunta cualquiera. Y el interrogado contestará, haciendo entrar en su respuesta, sin que resalte demasiado, la palabra del proverbio que a él le corresponde.

Juan pregunta lo primero que se le ocurre:

*Juan.*—¿Qué hace el pajarito?

*Adita.*—Duerme en su nidito.

*Juan.*—¿Y qué hizo esta mañana tempranito?

*Jorge.*—Dió de comer al pichón en su boca, que es un piquito.

*Juan.*—¿De dónde salió el pichoncito?

*Manolo.*—De una casita *cerrada*, que era un huevito.

*Juan.*—¿Todavía no vuela?

*Max.*—Todavía *no* vuela, ni va a la escuela.

Juan.—¿Fuiste tú a verlo en su casita?

María Delia.—En el nido no *entran* visitas.

Juan.—Dime, hermanito, ¿comerías roscas?

Tito.—Sí; pero... ¡me están incomodando las moscas!

Juan.—¡Ja, ja! ¡Si no hay ninguna...! El proverbio te obliga a decir moscas ¿verdad? ¿Moscas...? Y Jorge habló de *boca*, sin venir muy al caso... Y Manolo de una casa *cerrada*... ¡Ya sé! Es:

*En boca cerrada no entran moscas.*

Adita.—Ahora tienes que explicar el significado del proverbio.

Tito.—Es muy fácil; quiere decir eso: que no hay que quedarse con la boca abierta, porque...

Juan.—Lo que quiere decir es que tú debías haberte quedado esta vez con la boca *cerrada*. Que cuando no se sabe una cosa, o no se está seguro de ella, lo mejor, lo menos arriesgado para que no nos suceda nada desagradable, es *callar*, esperando que hablen los que estén mejor informados.

## LAS PRIMERAS VIOLETAS



—¡Buenos días, señoritas! ¡Qué suave perfume tenéis!

Así saluda Adita a cinco violetas que se han abierto en su pequeño jardín. Y sin más, las corta para llevárselas a su mamá.

—¿Quieres hacerlas durar varios días?—le pregunta ella.

—¡Oh sí, mamá! Me daría lástima verlas morir en seguida.

—Entonces, ponlas en un florero con agua, y echa en el agua un pedacito de carbón.

Así lo hace Adita. Y a

la mañana siguiente, apenas se levanta, va a ver sus violetas.

—¡Qué frescas estáis!—les dice.— ¡Me parecéis más lindas que ayer! Veo que se han abierto del todo las que corté medio cerradas aún.

Y Adita les cambia el agua, dejando siempre el pedacito de carbón.

Hace esto mismo cada mañana. Las violetas permanecen frescas cinco días; pero al sexto empiezan a ponerse tristes.

—Córtales las puntas de los tallos—le aconseja nuevamente su mamá—y sumérgelos luego en agua caliente.

Adita sigue el consejo, y ve con alegría que las violetas reviven. Pero poco les dura esta nueva vida; algunas horas después, inclinan de nuevo sus cabezas.

—Parecen cansadas de vivir—dice Adita.

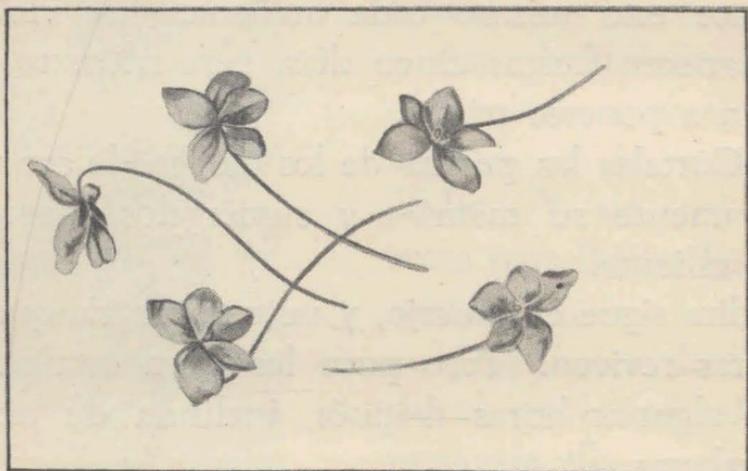
—Si quieres, podemos todavía hacerles cambiar de color—le propone su mamá.— Quemaremos azufre sobre la mesita de mármol. Ven, acerca las violetas al humo...

—¡Se ponen blancas!—exclama Adita sorprendida.

A pesar del cambio de color, las violetas no

tardan en marchitarse. Pero Adita no se decide a tirarlas. Las guarda dentro de un libro. Y las violetas cambian de color una vez más; ahora están amarillas y durarán mucho tiempo así.

Adita las pega cuidadosamente en su *herbario*, y escribe debajo:



“Estas son las primeras violetas de mi jardín.  
Vivieron, perfumaron... se marchitaron al fin.”

## LOS COLORES

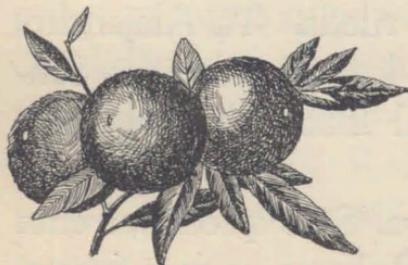
Miro las *verdes* praderas,  
Gusto el fruto *anaranjado*,  
Y el perfume derramado  
Por las *violetas* de Otoño.



Admiro las rosas *rojas*;  
Y en el oro y en su brillo,  
Aquel color *amarillo*  
Que está en los rayos del sol.



Y más que frutas y flores,  
Aman mis ojos el tul,  
Que por sobre ellas extiende  
El inmenso cielo *azul*.



## JUGANDO AL "ENEMIGO"

Como la mañana está muy fría, deseosos de hacer un poco de ejercicio, los chicos piden permiso a la señorita para jugar al "enemigo". Con papeles viejos y piolín, fabrican un muñeco, al cual pretenden dar un aire terrible pintándole, con lápices de colores, una enorme boca, una nariz deforme y unos ojos torcidos.

Pero, más que terrible enemigo, con los brazos levantados al cielo, parece una pobre víctima que pide misericordia. ¡Y bien puede pedirla!

Tomados de la mano, brincan a su alrededor Pedro, Juan, Manolo, Roberto, Max, Alejandro y Marco Arturo. El mayor empeño de todos es derribar al muñeco, tratando, cada uno, de hacer que su vecino lo voltee. El que lo hace caer pierde el juego y sale de la rueda. Ya Alejandro, Max, Marco Arturo y Juan lo han volteado. Sentados en el umbral, uno al lado del otro, esperan el final del juego.

También Manolo perdió ya. Sólo quedan, frente a frente, Pedro y Roberto. Roberto es más fuerte,

pero Pedro es más ágil. Roberto tira con fuerza de las manos de su contrario, tratando de arrastrarlo. Pedro salta para un lado y otro sin tocar al muñeco. De pronto cae Roberto al suelo volteando también al “enemigo”.

—¡Trampa! — grita desde el suelo.

Pedro se ríe triunfante. Ha metido un pie entre los de Roberto, haciéndole perder el equilibrio. Pero pronto se desvanece su risa; los espectadores protestan indignados, junto con Roberto:

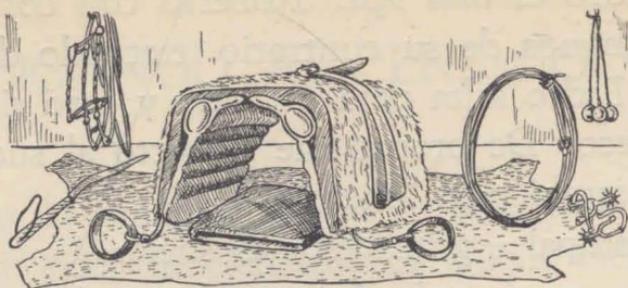
—¡Eso no es permitido! ¡Es trampa!

—¡Vuelta, vuelta! ¡No vale!

Pedro comprende entonces que no ha procedido legalmente, y tranquiliza a sus compañeros, comprometiéndose a empezar de nuevo la prueba con Roberto.

Esta vez, la habilidad de Pedro para esquivar el muñeco no le dura mucho tiempo, pues a los pocos minutos queda extenuado, y Roberto, quien decididamente tiene más fuerza, consigue por fin vencerlo. El “enemigo” cae por última vez al suelo, junto con Pedro. Roberto ha triunfado.

Y ha triunfado en buena ley, sin recurrir a la astucia.



## EN LA PAMPA

—No se lamenten, chicos—les dice don Augusto—de perder el paseo al aire libre. Esta lluvia es un gran bien para nuestros sembrados.

Los chicos, que tienen ya amor a la huerta, se consuelan con esta idea, y buscan otra diversión dentro de la casa. Mientras ellos juegan “a los proverbios” y a otros juegos, ¿quieren saber ustedes cómo, a muchas leguas de la ciudad, se entretiene el gaucho Ciriaco?

Él tampoco puede, a causa de la lluvia, trabajar en el campo, como lo hace los demás días.

En su rancho, se ocupa primeramente en componer un *apero*. Luego se sienta, rodeado de su familia y algunos vecinos. Y, mientras su hija



Rosario ceba el mate, don Ciriaco, acompañándose con la guitarra, canta estos versos, que los otros escuchan:

Me han dicho que el arco iris  
es el cielo de las flores,  
cielo de las mariposas,  
y cielo de los colores.

Que allí están las margaritas  
y nardos que ya murieron,  
y todas las mariposas  
que, volando, se perdieron.

Que allá suben los colores  
que en la tierra se han borrado,  
para anunciar en caso de lluvias,  
que el tiempo bueno ha llegado.

¿Les gusta lo que canta el *payador* Ciriaco?

## LO QUE HA APRENDIDO ADITA

Adita sabe ya muchas cosas. Pero, como es chica, le faltan aún otras muchas que aprender... ¡Cada día aprende algo nuevo!

Este sábado estrena zapatos para asistir a una fiesta con su mamá. Como siempre, arregla su cuarto antes de salir: guarda su ropa de entre casa y el calzado que se quitó; acomoda sobre la mesa los libros en que estuvo estudiando... Por último, toma la caja en que le llevaron los zapatos nuevos, y la tira al canasto de los papeles...

Adita sabe, pues, ser ordenada. ¿Qué será lo que debe aprender ahora?

Momentos después de haber ella salido, María, la hija del quintero, ve en el canasto la caja, y se la lleva, proponiéndose dar a Adita una sorpresa.

Con harina y agua, María hace engrudo. Luego, con una tirita de trapo, pega la tapa a la caja, de modo que ésta pueda abrirse sin que la tapa se salga. Después, con unos recortes de cretona floreada que le diera antes Adita, forra la caja. Ésta resulta así muy apropiada para guardar los útiles de costura.

María coloca su flamante obra sobre la mesa de su cuarto, y espera la visita de Adita.

En efecto, el domingo entra Adita al cuarto de María y, al ver la caja forrada, exclama:

—¡Qué bonito costurero!

—¿Lo quieres? Tómallo — dice María.

—¿Pero, entonces, te quedas tú sin él?

—No importa; yo haré otro.

—¡Cómo! ¿Lo has hecho tú?

—Sí, Adita; con una caja que tiraste por inservible y con unos restos de tela que me diste el otro día. ¿No los reconoces?

Adita queda llena de admiración por la habilidad de María. Luego piensa: Si María ha hecho esto ¿por qué no podría hacerlo también yo? Resuelta a ensayar, acepta el regalo, y dice amablemente a la hija de don Tomás:

—Tú me regalas este costurero; pero yo quiero hacer otro igual para ti.

Y he aquí lo que acaba de aprender Adita: Primero, cómo una caja de cartón puede transformarse en un bonito estuche. Y segundo: que antes de tirar un objeto, hay que pensar si puede emplearse en algo útil... para nosotros, o para los demás.



## BRISA, VIENTO, HURACÁN

Vino una *brisa* suave y acarició las flores; las flores le dieron su perfume, y la brisa lo esparció.

Se puso a cantar en las ramas; las ramas le dieron sus semillas, y la brisa las sembró.

Llamó a mi ventana, *toc, toc*; le abrí de par en par, y la brisa refrescó mi habitación.

Vino un *viento moderado*; movió la rueda del molino, y el molino sacó agua.

Hinchó las velas de los barcos, y los barcos navegaron más de prisa.

Levantó los barriletes, y volaron por el aire sus colas y sus flecos.



Vino un *viento fuerte*; arrastró las nubes, y los rayos del sol llegaron radiantes a la tierra.

Deshojó las flores, y sus pétalos volaron como mariposas.

Arrancó muchas hojas de los árboles, y las hojas bailaron con él alegremente.

Le cerraron las puertas, y entró por las rendijas.

Jugó al aro con los sombreros, y sus dueños tuvieron que correr para alcanzarlos.

El viento purifica la atmósfera; el viento juega, se divierte.

Pero ¡ay, cuando se convierte en *huracán!* En vez de arrancar las hojas, arranca los árboles de raíz.

Hace pedazos la rueda del molino; a los barcos los hace naufragar.

Y lo mismo que los sombreros, suele arrancar, en su furor, hasta techos de las casas.



# EL ARBOLITO DESCONTENTO

(ADAPTADO DEL ALEMÁN)

Había en un bosque un arbolillo, que, en tiempo bueno y malo, permanecía de pie, siempre cubierto de espinas, desde la base hasta la copa.

Un día se lamentaba diciendo: “Todos mis camaradas tienen delicadas hojas y yo no tengo sino espinas. Si pudiera hacer mi gusto tendría hojas de oro puro.”

Al llegar la noche, el arbolito se durmió. Y a la mañana siguiente, se encontró, con gran sorpresa, cubierto de hojas de oro.

¡Qué alegría! ¡Ningún árbol del bosque tenía hojas tan preciosas!

Al atardecer cruzaron el bosque unos vagabundos. Vieron las hojas de oro, las juntaron y se las llevaron en bolsas, dejando el arbolito despojado.

El arbolito dijo con tristeza: “¡Ah! ¡Qué avergonzado me encuentro ahora entre los otros árboles, que conservan su ramaje tan hermoso! Si algo deseara de nuevo, sería tener hojas de cristal.”

Como la vez anterior, se durmió, y a la mañana siguiente amaneció cubierto de hojas de cristal. ¡Cómo resplandecía al sol! ¡Era una gloria!

“Ningún árbol del bosque brilla como yo”, se dijo con orgullo. Pero se levantó un viento muy fuerte. El viento pasó a través de las ramas verdes haciéndolas cantar, pero cuando llegó a las hojas de cristal, ¡adiós hojas! Rodaron todas por el suelo, quebradas en mil pedazos.

El arbolito volvió a lamentarse tristemente: “Mis hojas yacen sobre el suelo, y los otros árboles murmuran todavía con su follaje flexible. Si algo deseara aún, sería solamente tener hojas verdes como mis camaradas.”

Se durmió y, a la mañana siguiente, se puso a reír de contento al verse igual a los demás. “¡Oh!—dijo— ya no tendré por qué avergonzarme.”

En esto entraron al bosque algunas cabras. Como todos los árboles eran muy altos, las únicas ramas a su alcance eran las del arbolito descontento. Las cabras comieron y comieron de él; y el arbolito quedó despojado una vez más.

Sus quejas fueron entonces más amargas que nunca. “¡Ah!—decía;— comprendo, al fin, que lo que más me conviene son mis espinas... Todos mis

camaradas pueden ahora reírse de mí. ¡Qué desgraciado soy!”

Y el arbolito se durmió lleno de tristeza. Pero a la mañana siguiente vió, con gran alegría, que había recuperado todas sus espinas. ¡Qué lindas le parecieron!

¡Sólo entonces supo apreciarlas! Y se dice que nunca volvió a desear otras hojas, ni a sentirse descontento de su suerte.



EN TIEMPO BUENO Y MALO...



## SUEÑO DEL 8 DE JULIO

—¡Qué lindo sueño tuve anoche, señorita!

—Cuéntalo, Manolo.

—Vi venir a San Martín en su caballo, como está en la plaza del Retiro; me dió una espada y me dijo: “Sé valiente”.

Vino luego Belgrano. Me prendió en el pecho una escarapela azul y blanca, y me dijo: “Ama y defiende a tu bandera, que es el símbolo de la Patria”.

Rivadavia me dejó una balanza con estas palabras: “Sé honrado, trabajador y justo”.

Apareció Sarmiento. Me dió un libro, y me dijo: “Sé estudioso”.

Y Mitre me puso su chambergo, diciéndome: “Imita a los hombres que honran a su país, y saben hacerse querer del pueblo”.

En esto llegó mamá, me dió un beso, y me dijo: “Sé bueno”.

Pero esta vez ya no era un sueño. Mamá me despertaba con este saludo: “¡Sé bueno; levántate prontito!” Le conté entonces mi sueño, y ella me contestó: “Lo que has soñado es muy hermoso... Para que no lo olvides, aquí está la escarapela azul y blanca que he cosido en tu solapa. La llevarás así a la fiesta de la escuela”.

—Sí, Manolo; tu sueño encierra grandes enseñanzas. En nuestra clase tendrás un vivo recuerdo del consejo de Sarmiento; pues fué él, como sabes, quien abrió las escuelas para todos los niños. Pero te lo recordará mejor que nada este libro, que es sin duda el que Sarmiento te presentaba. En él encontrarás el ejemplo de muchos hombres que fueron honrados, valientes, trabajadores y justos, e hicieron la gloria de su Patria.

Estúdialo con cariño. Todas sus páginas son hermosas. Es la Historia Argentina.

—¡Viva la patria! ¡Viva la República Argentina!  
¡Juremos amar siempre su bandera!

## ¿VOLVERÁS A MÍ?

Adita cose un rasgón, en un vestido suyo, que ya no se pondrá más. Se lo dará a María, que es muy pobre. Pero quiere dárselo cosido, lavado y planchado.

—Estoy pensando una cosa, abuelita — dice de pronto. — ¿Qué será de este vestido, que me ha acompañado en tantas diversiones, cuando a María ya no le sirva?

—¿Qué imaginas tú, Adita, que será de él?

—Cuando esté muy viejo, María, que es muy aseada, lo empleará como repasador para limpiar los muebles.

—¿Y después?

—Después lo tirará entre los desperdicios, y... ¿se convertirá en tierra, abuelita?

—Puede, sin embargo, convertirse en algo muy blanco y muy nuevecito...

—¡Abuelita! ¿Lo dices en serio? ¡Ojalá que los vestidos viejos fueran como semillas, de los cuales salieran vestidos nuevos!

—Vestidos nuevos, no; pero... ¿No sabes que hay hombres encargados de juntar los trapos que se desechan, para venderlos a una fábrica?

—¿Y qué se puede hacer, de un trapo viejo y gastado?

—Ni más ni menos que papel de escribir, de la mejor calidad...

—¡Yo que creía que el papel era una cosa tan limpia!

—Y lo es. Pues los trapos se someten, ante todo, a una gran limpieza, hecha mecánicamente. Luego se les hierva, se les tritura, se les muele, se les blanquea; y por último, disleídos en agua, forman una pasta, de la cual se hace el papel... Ya ves que los vestidos son una semilla, como tú decías; pero de la cual no salen nuevos vestidos, sino toda clase de bonito papel, blanco o de color...

—Entonces... ¿puede ser que, un día, reciba una cartita de una amiga, invitándome a una fiesta, escrita en la tela de mi vestido viejo?

“¡Adiós, vestido mío, que tanto me has servido! Sirvele también a María cuanto te sea posible; y después, si no eres ingrato, volverás a mí, trayéndome una buena noticia. ¿Verdad? ¿Volverás a mí?”





## UNA PLANTA QUE PARECE DE CUENTO

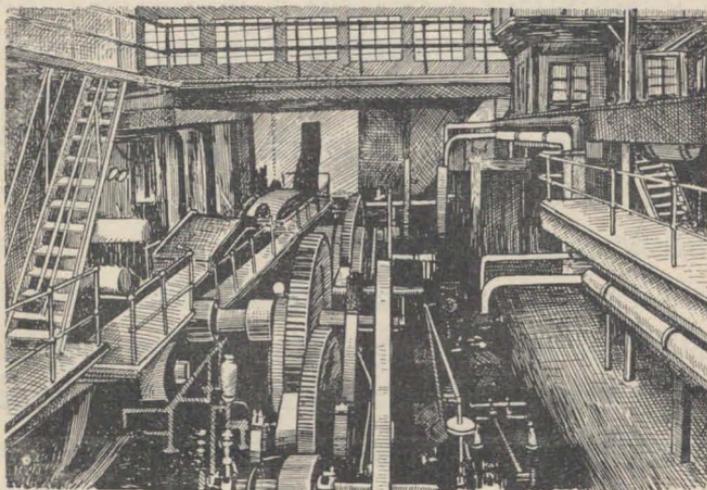
Cuando Juanito y Margarita se perdieron en el bosque, encontraron, como todos sabemos, una casita de azúcar y chocolate. Y estaban comiendo chocolate y azúcar, cuando la casita, que era de una bruja, desapareció.

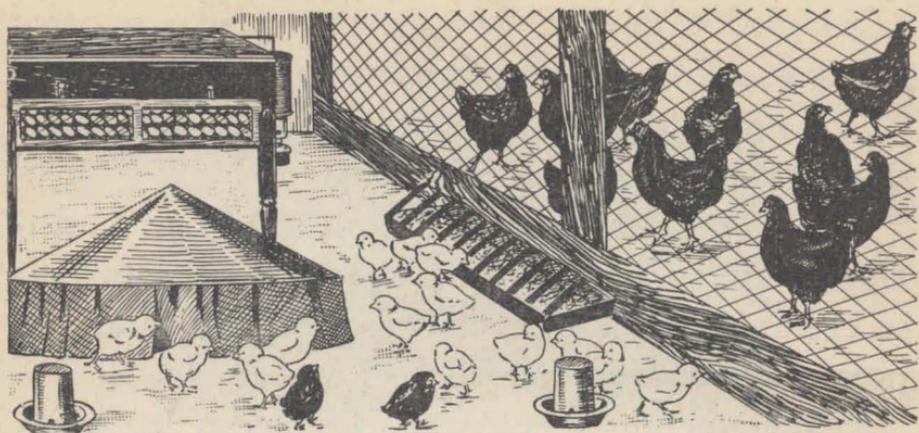
Todos sabemos, también, que esto es un cuento; que las brujas no existen. Pero, cruzando la República Argentina, nos encontramos con una planta que parece sacada de la casita del cuento; pues es también de azúcar, aunque está cubierta de hojas verdes.

Alrededor de ella hay siempre abejas y otros insectos, a los cuales les gusta todo lo que es dulce. Y los niños pueden chupar sus tallos sin temor de encontrar ninguna bruja.

Esta planta es la *caña de azúcar*. Donde principalmente se la aprovecha es en los *ingenios*. Allí se cortan sus tallos por la base, se les quitan las hojas, y se *elabora* con ellos el azúcar.

Primeramente se estrujan los tallos en unas máquinas llamadas *trapiches*. El jugo que de ellos sale, se hierva, se filtra, se *refina*. Y queda, por fin, convertido en las piedritas, o en el polvo blanco que vemos en nuestras casas, en la *azucarera*.





## EL GALLINERO

Todas las mañanas, en cuanto María se acerca, con un gran tarro de maíz, las gallinas corren en tropel hacia ella.

La muchacha las conoce a todas. Aquella de pintas grises y blancas es la *batará*; esa otra negra es la gallinita criolla que tan bien cuida a sus polluelos; la de más allá es la española de cara blanca, excelente ponedora.

María no se contenta con dar de comer a las gallinas, sino que, luego, inspecciona el gallinero, cuidando de que todo esté limpio y en orden.

Este gallinero ha sido construído en un sitio alto, para evitar la humedad, que daña a las gallinas.

La casilla es de ladrillos, revocada, con techo de zinc. El piso es de tierra bien apisonada, para que pueda barrerse todos los días, pues los principales enemigos de las gallinas son los parásitos que se crían en los gallineros poco *higiénicos*.

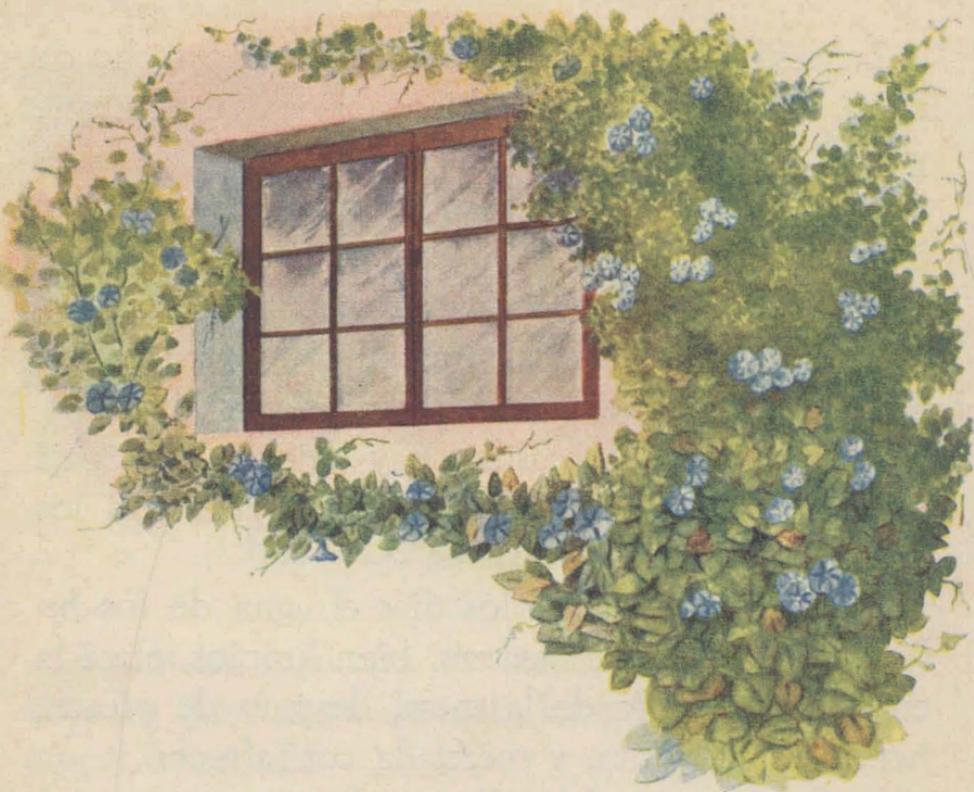
Las perchas, de listones de madera, están dispuestas a una misma altura; pues de otro modo, las gallinas se pelean por los sitios más altos.

Alrededor de la casilla, hay cajones con paja que se renueva a menudo. Esos cajones son los nidos, es decir los *ponederos*.

María cambia todos los días el agua de los *bebederos*. Y en los *comederos*, bien limpios, pone la comida que sobra de la mesa, después de picada, hervida toda junta, y mezclada con afrecho.

En un rincón del gallinero hay un pozo con tierra desmenuzada, donde las gallinas, el gallo y los pollos toman su baño de polvo, zarandeándose de un lado y otro para que el polvo les penetre bien entre las plumas. Esto lo hacen para destruir los parásitos que les incomodan.

Con todos estos cuidados, doña Micaela y su hija han conseguido que las gallinas no se enfermen sino rara vez, que pongan muchos huevos, y saquen muchos pollitos.



# CÓMO LAS MARAVILLAS APRENDIERON A TREPAR

(ADAPTADO DEL INGLÉS)

Adita está en cama, resfriada, y dice:

—Abuelita, ¿cuéntame un cuento?

—¿Un cuento de qué?

—De las *maravillas* — responde Adita, mirando las campanillas azules que, desde la ventana, parecen sonreírle.

La abuela medita unos momentos...

Trata de recordar si, entre las numerosas historias que le contaron cuando ella también era chica, hay alguna referente a aquellas enredaderas y a sus bonitas flores... Luego comienza:

—Hubo un tiempo en que las *maravillas* se arrastraban por el suelo. Nunca habían trepado.

Cerca de una planta de *maravillas*, en la copa de un tala, vivía entonces doña Chingolo y su nene Chingolín.

Chingolín tenía un ala rota y no podía volar. Se quedaba en el nido todo el día. Veía, a su alrededor, las frutitas del tala; y hasta podía comer las que estaban más cerca. Al anochecer, la mamá Chingolo, cuando volvía volando al nido, le traía granos y gusanitos, y le contaba todo lo que veía en el mundo.

Le hablaba tanto de las preciosas campanillas azules con listas rosadas, que Chingolín estaba loco por verlas. “¡Cuánto desearía ver las *maravillas*!” decía.

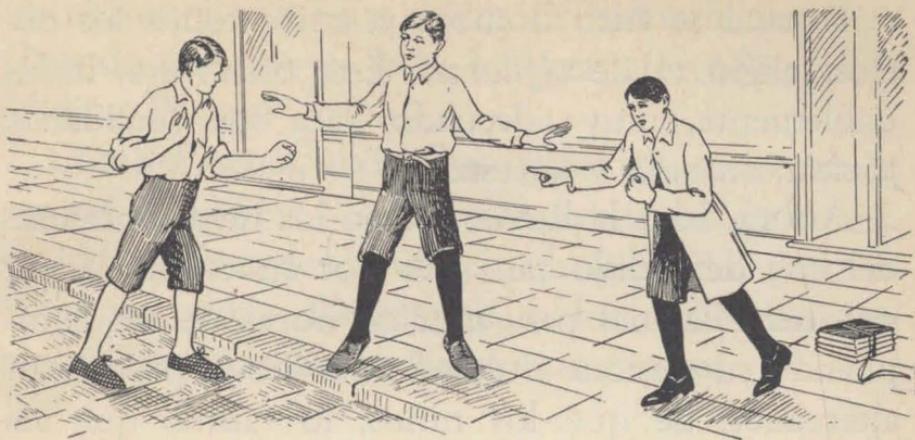
Las campanillas lo oyeron y quisieron dar ese

gusto a Chingolín. Se arrastraron por el suelo hasta llegar al pie del árbol. Pero no podían seguir adelante, porque no sabían trepar.

Tanto deseaban subir que, por fin, un día, una rama de la planta, cubierta de botones, y más audaz que las otras, se agarró fuertemente a la corteza del tronco, se estiró cuanto pudo, y, poco a poco, sin darse cuenta de ello, estaba ya trepando.

Sujetándose siempre en el tronco del tala, la rama trepaba y trepaba, un poco cada día, hacia el nido del pobre pajarito. Y al fin, una mañana, cuando Chingolín abrió los ojos, lo primero que vió fué la carita suave y fresca de una campanilla azul, recién abierta, que, apoyándose en el borde del nido, le miraba sonriendo.

Desde entonces las maravillas trepan y se asoman gustosas a los nidos en que hay algún pajarito que no puede volar... y a las ventanas de las niñitas enfermas, para alegrarlas.



## PASCUAL

Pascual era un buen muchacho. Sus camaradas lo querían mucho porque era *justo* y *conciliador*. A él acudían para que hiciera de juez en todas las disputas; él, mejor que nadie, sabía apaciguar los ánimos y aclarar las cuestiones.

Si alguno cometía una imprudencia, Pascual le reprendía; si un muchacho grande golpeaba a alguno de los menores, Pascual, que era también muy *valiente*, defendía al chico contra el agresor. Era el primero en acudir al peligro y en socorrer a sus amigos.

Pascual se hizo hombre y, entre todos los oficios, eligió el de *vigilante*. Este oficio era, indudablemente, muy adecuado para sus cualidades: *justicia*, *valentía* y *honestidad*.

Ahora, bajo la lluvia, o bajo los rayos ardientes del sol, defendido tan sólo por su capote o por su casco, Pascual pasa muchas horas, de pie, cumpliendo su misión. Cuida de que no se produzcan altercados; de que los niños, lo mismo que los ancianos, puedan cruzar la calle sin peligro de ser atropellados por los automóviles.

Con su silbato, y por medio de otras señales, dirige el *tráfico*, dando paso o deteniendo a los numerosos *vehículos*. Así evita los *accidentes* que ocurrirían si cada *conductor* circulara según su capricho.

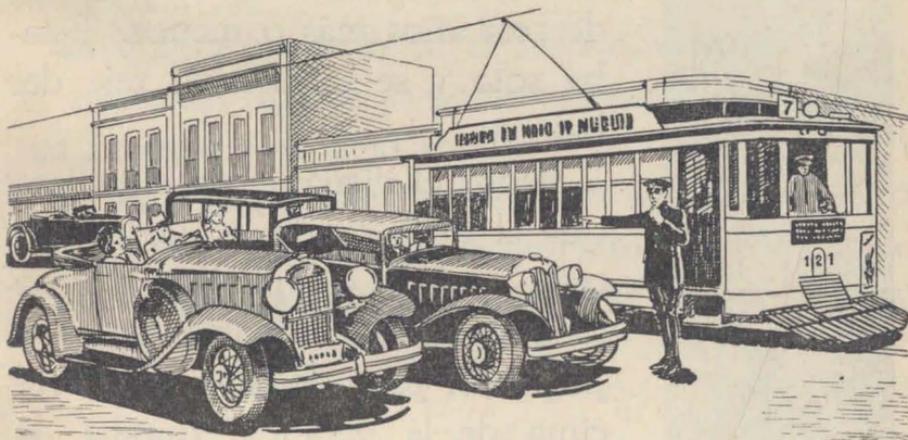
Pascual enseña el camino al que no lo sabe. Si el que se encuentra perdido es un niño, le pregunta cariñosamente su nombre, lo mismo que la calle y el número de su casa. Y hasta su casa lo lleva, tomándolo de la mano.

Pascual tiene preferencia por



los chicos; y todos los chicos del barrio le conocen. Cuando pasan a su lado, le dicen afectuosamente: "Adiós, Pascual".

Como Pascual, todos los vigilantes, o *agentes de seguridad*, cuidan de las casas y de las personas. Cuidan del orden público, arriesgando muchas veces sus vidas. Respetemos a los vigilantes, que tan útiles y nobles servicios nos prestan.



PASE LIBRE

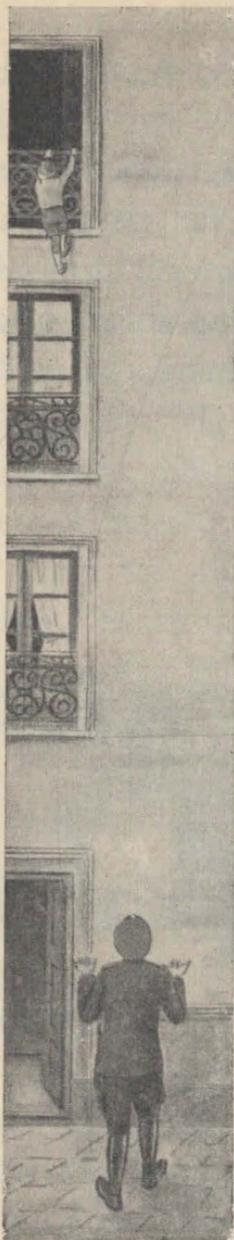
## ¡SALVADO!

Todo Buenos Aires admiró, hace algunos años, la notable acción de un vigilante.

Este vigilante ocupaba un día su puesto en una esquina, cuando vió que, en el balcón de un tercer piso, jugaba un chiquito, de tres años más o menos. Estaba solo y se subía a la reja del balcón.

Pensó el vigilante en el peligro que el niño corría; se acercó a la casa, tocó la campanilla, y avisó lo que pasaba. Mientras tanto el pequeño, pasando un pie por encima de la baranda, trataba de montarse sobre ella.

El vigilante tembló imaginando que el niño caería de un momento a otro, y se colocó debajo



del balcón para recibirlo en sus brazos, si esto sucedía.

El chico perdió el equilibrio, pero no cayó todavía. Con las dos manecitas se prendió fuertemente de la reja, quedando suspendido en el aire.

El vigilante, con los brazos abiertos, esperaba con angustia el instante inevitable de la caída...

La gente se amontonaba debajo del balcón. ¿Tendría el vigilante bastante habilidad y presencia de ánimo?

Pasaron algunos segundos... Todos aterrados miraban...

La madre apareció en el balcón. Llegaba tarde. El niño, sin fuerzas ya para sostenerse, desprendió sus bracitos y se dejó caer.

Se oyó un grito de horror, y en seguida un grito unánime de alegría y de admiración. ¡El vigilante había salvado al niño, recibéndole en sus brazos!

## EL VESTIDO NUEVO

—¡Yo quiero tener mi vestido nuevo para mañana!

—¡Pero, hijita! ¡Si ni empezado está todavía!

—¡No importa! Todas mis amigas tendrán vestidos nuevos en la fiesta; ¡yo quiero tener el mío!

—Bueno, Adita; tendrás el vestido nuevo, si después de oír este cuento, lo deseas aún:

Había una vez una costurera, en cuyo taller trabajaban tres obreritas: Juana, Pepita y Rosa. Aunque poco mayores que tú, iban todos los días al taller, y cosían desde la mañana hasta la tarde, para ganar algo con qué ayudar a sus padres.

Un día, a la hora en que generalmente se retiraban, alegres por haber trabajado y por sentirse útiles, vieron a la costurera, que había salido, volver de la calle con un paquete en la mano.

—Hijas mías — les dijo; — aquí traigo trabajo. Aunque ya es casi la hora de dejarlo, es preciso que hoy lo prolonguemos un poco más, porque la niña Carmen quiere el vestido para mañana, y me he comprometido a concluirlo.

Las tres obreritas obedecieron en silencio. La costurera había sido siempre bondadosa con ellas, y por eso deseaban complacerla. Generalmente, las obreras cantaban mientras cosían; esta vez sólo se oía el ligero chasquido de la aguja rozando el dedal o atravesando la tela.

Al llegar la noche, Juana dijo:

—Señorita, estoy cansada.

—No importa — contestó la costurera; — la niña Carmen quiere el vestido para mañana.

—Tengo sueño — dijo Pepita.

—Calla, perezosa; la niña quiere el vestido para mañana.

—Mi mamá está enferma, y no la he visto en todo el día — observó Rosa.

—La verás más tarde. La niña quiere el vestido para mañana; es preciso concluirlo.

La costurera trajo algo para comer; pero Juana, que sentía un gran peso en las espaldas, Pepita que se dormía, y Rosa que estaba inquieta por su madre, a pesar de tener hambre, no probaron bocado, por terminar cuanto antes su tarea.

En eso Pepita, que de sueño no sabía ya lo que hacía y se le cerraban los ojos por lo mucho que había madrugado, se pinchó un dedo fuer-

temente. Sintió un vivo dolor, mas lo único que la afligió fué ver manchado el vestido que cosía, con una gota de sangre.

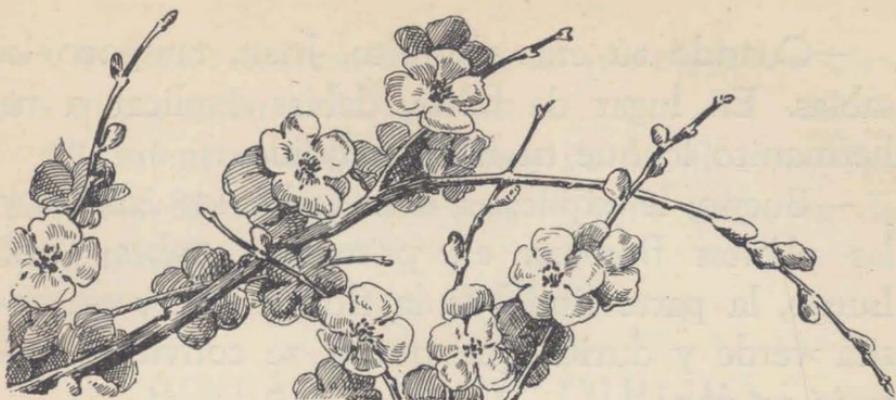
Juana, que era delicada, empezó a toser; pero sólo la afligió el haber arrugado la tela con sus dedos febriles.

Rosa, que pensaba en su madre enferma, dejó caer una lágrima sobre la manga que no había concluído aún. “Felizmente—pensó—las lágrimas no manchan.”

Entretanto Carmencita, cansada de reír y de jugar, después de haber comido con su mamá, con su papá y sus hermanitos, soñaba en su camita con el vestido nuevo que estrenaría al día siguiente.

—Dime ahora, hijita, ¿quieres el vestido para mañana?

—¡Ah, no, mamá! Nunca quisiera hacer sufrir a nadie. Iré mañana a la fiesta de la escuela con este vestido. Está bastante bueno, y siempre me parecerá más lindo que uno que haya costado lágrimas a las pobres obreritas.



## LA PROMESA DE LOS FRUTOS

—¡Qué preciosos están los árboles de durazno! Se han vestido como de finos tules color de rosa... ¡Parecen preparados para asistir a una fiesta!

—La fiesta será para nosotros, cuando podamos comer los duraznos. Adita se alegra al ver tantas flores, por lo bonitas que son; yo me alegro por la cantidad de duraznos que tendremos...

—Cada cosa a su tiempo, Juan. Ahora gozamos mirando las flores rosas; después será también un placer arreglar unas lindas canastas de frutas. ¿Verdad, Tito? —preguntó la mamá.

—¿Pero qué tienen que ver las flores con los duraznos, mamá?

—¡Oh, Tito no sabe que los duraznos salen de las flores!

—Cuando tú eras chiquito, Juan, tampoco lo sabías. En lugar de reírte, debías explicar a tu hermanito lo que tú has aprendido...

—Bueno; le explicaré: Casi todos los árboles y las plantas florecen en primavera ¿sabes Tito? Luego, la parte linda de la flor se cae; y esa cosita verde y durita que queda, se convierte después en *fruto*.

—Bien, Juancito... Pero dile también a Tito que hay frutos de distintas clases; y que, entre ellos, están los duraznos, las peras, las guindas, las uvas que tanto nos gustan... A todos estos *frutos* que comemos de postre los llamamos *fruta*.

Las plantas de legumbres dan también primero las flores y después el fruto; algunas en forma de vaina con varios granos dentro, como los porotos.

¡Hasta las rosas se convierten, al fin, en fruto!

Para que Tito pudiera examinar a su gusto las flores de los árboles frutales, la mamá quiso cortar una rama; pero Tito se opuso:

—No la cortes, mamá; si las flores se convierten en fruto, cortándolas, tendremos, después, menos duraznos...

—Pero serán más grandes, Tito—le contestó su mamá.— Cuando los frutos están demasiado jun-

tos, es mejor entresacarlos, para que maduren bien los que quedan.

“Y mientras tanto gozamos de las flores... Recuérdalo bien; las flores son la bella promesa de los frutos..”

## BOTÁNICA Y DIBUJO

A pedido de la maestra, Adita hizo un ramo de diversas flores para llevar al colegio. A una ramita de durazno, con sus florcitas color rosa pegadas al tallo, que tanto le gustaban, añadió otras flores del jardín. Y no olvidó algunas flores silvestres, como se lo habían encargado.

La señorita eligió la más insignificante del ramo: una florcita blanca que llaman “revienta caballo”. Ésta era la más fácil de examinar.

—¿Quién de ustedes sabe—preguntó—cómo se llama esta estrella blanca? Fijense cómo sus cinco rayos están ligeramente unidos entre sí, de modo que forman una sola pieza...

*Manolo.*—Se llama *corola*, señorita.

*Señorita.*—¿Ven, en el centro de la estrella, una columna amarilla, de cuyo centro se levanta a su

vez un hilito claro? Esta columna se compone de cinco piezas, que se llaman...

Max.—Es una palabra parecida a alambre...

Señorita.—Se llaman *estambres*, Max. Y el hilito blanquecino verdoso, que está en el centro, es el *pistilo*. ¡Saben lo que es esta estrellita verde que hay debajo de la flor?

María Delia.—Sí, señorita; yo sé. Es el *cáliz*... que luego se convierte en fruto...

Señorita.—No nos apresuremos... Estamos en primavera; y por hoy nos ocuparemos sólo de la flor. Aún podemos admirar su corola, que pronto perderá... En suma: es esta florecilla de “revienta caballo” una flor *completa*. Pues, como hemos visto, tiene *cáliz*, *corola*, *estambres* y *pistilo*.

Adita.—¡Y hay algunas que no son completas? ¡Qué raro!

Señorita.—Algunas carecen de cáliz, por caerseles las hojitas del cáliz (que se llaman *sépalos*) antes de abrir la flor; otras carecen de estambres o de pistilos; y las hay que no tienen corola. Todas ellas son flores *incompletas*.

Adita.—¡Por qué no examinamos, señorita, una flor de durazno?

Señorita.—Veámosla... ¡A ver Max, si sabes

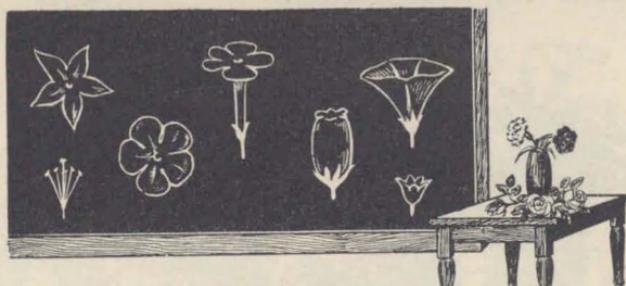
cómo se llaman estas cinco piezas de su corola?

Max.—Son los *pétalos*, señorita.

Señorita.—Y el polvito amarillo que tienen los estambres en la punta?

Max.—Se llama *polen*.

Señorita.—¡Progresas en botánica, Max! Ustedes habrán observado que no todas las corolas son iguales. Para que las copien, voy a dibujar, en el pizarrón, una serie de corolas diferentes... He aquí la estrella de una sola pieza, de la flor de “revienta caballo”...



La flor de durazno, de pétalos separados... En el jazmín del país, el “yuyo de sapo” y otras flores análogas, la corola presenta la misma forma de estrella, pero termina por debajo en un largo tubo. En el “huevo de gallo” es de forma cilíndrica, y las campanillas de los cercos recuerdan un embudo.

Max.—¡Ya las copié yo todas!... ¡Lo que más me gusta, de la botánica, es el dibujo!

Señorita.—Y tus corolas están muy bien copiadas, Max... El dibujo es una gran ayuda para las Ciencias Naturales... Además de las que hemos dibujado, hay una variedad inmensa de corolas. Las de las violetas, los conejos y otras flores, son de formas caprichosas. La rosa, tiene generalmente gran número de pétalos, coquetamente combinados.

Roberto.—¡Es la reina de las flores!

Max.—Pero demasiado difícil para dibujar... Yo prefiero las margaritas...



LA COSECHA DE LA FRUTA

# CANCIÓN

## DE LA PEQUEÑA FLORISTA

Yo vendo flores  
por mí cortadas;  
flores fresquitas  
y perfumadas.

Tejo collares  
con los jazmines.  
¡Ved las coronas  
de mis jardines!

Con los que ríen  
ríen las flores,  
luciendo alegres  
vivos colores.

Y a los que lloran  
llevan consuelo,  
porque las flores  
hablan del cielo.

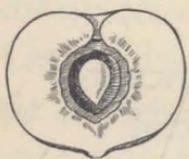
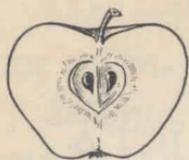
Llenas de encantos  
calman su mal  
a los enfermos  
del hospital.

¡Llevadles lilas,  
claveles, rosas!  
Y al que más sufra  
las más hermosas.

Yo vendo flores  
por mí cortadas,  
flores fresquitas  
y perfumadas.

Dalias, jacintos,  
suave alhelí,  
amables lirios,  
¡hablad por mí!

## SEMILLAS



Dentro del fruto están las semillas. Las manzanas, peras y membrillos tienen, en el centro, pequeñas semillas negras; los duraznos, damascos, cerezas y ciruelas, sus carozos. Todas estas frutas se caen cuando están maduras.

Los abrojos cubren sus semillas de espinas, con las cuales se prenden a la lana de las ovejas y a las crines de los caballos para trasladarse a otros lugares.

De los cardos salen unas semillitas envueltas en una pelusa de seda que les permite volar muy lejos, por el aire.

Las vainas se abren, y dejan caer sus porotos.

De cada semilla, si cae en tierra fértil y tiene riego, nacerá una planta.

¿Qué otras semillas conocen ustedes?

## ADIVINANZA

—¿Qué es una cosa que anda por el aire?

—¿Es una máquina?

—No es un aeroplano.

—¿Tiene alas?

—No es un pájaro.

—¿Es vapor?

—No es una nube.

—¿Es la semilla del cardo?

—Sí; es un “panadero”.

## ¿ADÓNDE VAS?

—*Panadero, panadero, ¿adónde vas?*

—A buscar el lugarcito de la tierra que me guste más.

—¿Y allí qué harás? ¿Dormirás, dormirás?

—Y algún día convertido en planta me verás.

—¿Y qué darás? ¿Me lo dirás?

—Alegría al campo con mis flores, y alimento a los asnos, a las vacas, a las palomas y a algunos otros pajaritos más.

# EL BURRITO, LA MUÑECA Y EL TORDO

(HISTÓRICO)

Juan y Jorge le regalaron a Adita, el día de su santo, una muñeca. Tito le regaló un burrito de cartón. Pero lo que más la alegró fué un tordo que le llevó María, diciéndole: “Es huerfanito; lo he encontrado en el suelo, cerca de un nido abandonado. Tiene hambre y frío, y he pensado que nadie lo cuidaría mejor que tú.”

El tordo es un pájaro gris oscuro, a veces negro; su aspecto no es brillante, pero tiene un corazoncito de oro, y esto es lo principal.

Adita, que también tiene un corazoncito de oro, recibió al huerfanito con cariño. Ella misma le dió de comer pan mojado y raspaduras de carne cruda.

Cuando llegó la noche no sabía dónde acostarlo. “Si lo pongo sobre mi almohada—pensaba—puedo aplastarlo.” Entonces tuvo una buena idea. Sobre una mesa, al lado de su cama, puso al burrito de pie. Encima de él sentó a la muñeca, y en las ro-

dillas de la muñeca, sobre su vestido de lana, colocó al tordo, como en un nido. Y dijo al burrito: "Ten cuidado de la muñeca; no des ninguna coz, ni echés a correr."

El burrito movió la cabeza con su resorte de alambre, como diciendo: "Está bien, está bien."

Luego dijo a la muñeca: "Cuida bien al tordo; tenlo abrigado, y si se despierta, hazlo dormir de nuevo."

La muñeca miró a Adita con sus ojos azules muy abiertos, como contestando: "Velaré toda la noche."

Y Adita dijo por fin: "¡Buenas noches, Tordito, duerme bien!" El tordo contestó: "Pío, pío"... y todos se durmieron.

El burrito dejó de mover la cabeza, la muñeca permaneció quietita y silenciosa; ni siquiera pestañeó en la noche entera, y el tordo no se despertó hasta la madrugada.

Desde entonces pasaron así todas las noches.

El pajarito crecía de día en día... Iba a la mesa con Adita, comía de su plato, y tomaba agua en todas las copas. Al principio andaba a saltitos sobre los muebles, pero muy pronto se le vió volar alegremente, de un lado a otro.

Cuando acudían otros tordos al jardín, Tordito salía a jugar con ellos, y luego volvía a posarse en el hombro de Adita. Y por la noche, antes de dormirse, contaba al burrito y a la muñeca lo que había visto en el jardín.

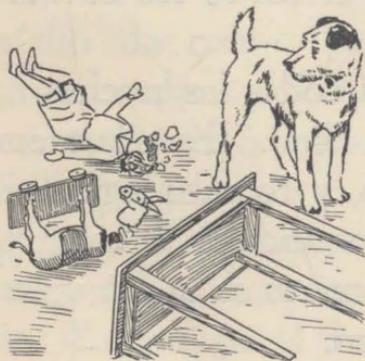
El burrito movía la cabeza, como si entendiese, y la muñeca lo miraba siempre con sus lindos ojitos de vidrio. Eran los mejores amigos del mundo.

Un día Pipo, el perrito juguetero, se subió a la mesa, y la derribó.

El resorte de alambre del burrito se quebró al caer, y la cara de porcelana de la muñeca se hizo pedazos.

El tordo, revoloteando sobre ellos, dió gritos tan desesperados, que Adita acudió a ver lo que pasaba... Pipo, avergonzado, se escondía detrás de la mesa.

Al ver sus juguetes rotos, Adita se echó a llorar, pero se consoló diciendo: "Al tordito no le ha pasado nada". Enjugó sus lágrimas, colocó de nuevo el burrito, con su cabeza



inmóvil, sobre la mesa, y encima, a la muñeca descabezada. Y acostó al tordito en sus faldas, como todas las noches...

Como todas las noches, Tordito empezó a contar a sus amigos lo que había visto en el jardín. Pero ¡ay! el burrito no movía la cabeza, ni la muñeca lo miraba ya con sus lindos ojitos celestes.

Y sucedió que, sobre el vestido de lana de la muñeca sin ojos, amaneció, al otro día, el tordo con su cabecita inclinada...

Tampoco él movía ya su cabeza, como si hubiese perdido algún resorte de alambre, lo mismo que el burrito. Y tampoco él miraba ya... Sus ojos se habían cerrado para no ver a sus amigos destrozados... ¡Se había muerto de pena! Entonces sí que lloró Adita sin consuelo.



Juan, Jorge y Tito cercaron un rincón de la huerta, y en el centro plantaron una planta de “no me olvides”, que Adita riega todos los días. Pues allí ha enterrado ella misma, uno al lado de otro, al burrito, a la muñeca y al tordo...

## EL VIAJERO

El viajero fatigado sentóse a descansar en una piedra. Como en sueños, oyó un murmullo, casi imperceptible.



Apartó las hierbas y, con alegría, descubrió a sus pies, un hilo de agua fresca y cristalina que brotaba de la tierra. Era una *fuenta*. Se arrojó y bebió en el hueco de su mano.

—¿Qué haces ahí tan escondida? — preguntó a la fuentecita.

—Como lo has experimentado, apago la sed del viajero — contestó ella.

Y como seguía brotando, el viajero preguntó de nuevo:

—¿No te cansas de brotar?

—¡Oh, no! Así vivo contenta, y siempre nuevita.

—¿Y adónde vas?

—Sigue el hilo de agua, y lo sabrás.

Siguiólo el viajero, y llegó a un *arroyo* que corría y saltaba entre las piedras.

—¿Adónde vas tan de prisa?— preguntó de nuevo, después de refrescarse en él la cara y las manos.

—Corro, corro, porque así mis aguas se mantienen puras—contestó el arroyo.— Además, tengo que recorrer un largo camino fertilizando el campo que atravieso. ¿No ves la hermosura de los árboles que crecen en mis orillas?

—Sí, y es muy agradable descansar a su sombra. Pero dime, arroyuelo ¿hasta dónde llegas?

—Sígueme, sígueme—repetía el arroyo, sin dejar de correr. Hablaba y corría; corría y hablaba.

Y así, charlando y andando, y siguiendo el arroyo, el viajero llegó hasta un hermoso *río*. En sus aguas tranquilas se reflejaba el cielo.

—Y tú ¿qué haces?— le preguntó el viajero.

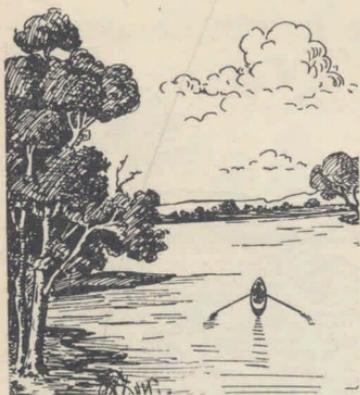
—Suministro agua a la ciudad—repuso el río.— Además, sustento, para alimento de los hombres, multitud de peces muy sabrosos.



—¿Y quieres decirme hasta dónde llegas?

—Sube en un bote y te llevará sobre mis blandas aguas.

El viajero subió en un bote. Remando y remando se alejó mucho del sitio en que primero estaba. Y empezó a oír un *iaaah!* continuo y muy sonoro.



Era el *mar*. Sus aguas eran azules y saladas, y sus olas agitadas se cubrían de espuma. En las costas había rocas escarpadas. Y por cuarta vez exclamó el viajero:

—¡Oh, mar! Quisiera conocer tus secretos; saber cuál es tu misión...

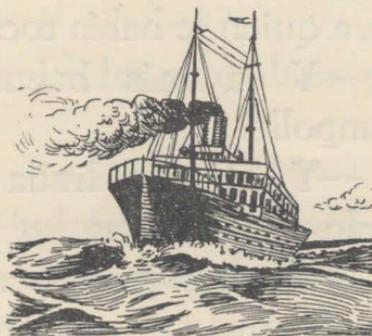
—Sería muy largo enumerar todo lo que hago— dijo el mar.— En mis aguas guardo un tesoro de cosas y de seres muy curiosos; peces de todos tamaños, animales y flores como nunca has visto. Separo y uno los *Continentes*. Los pescadores, salen en barcas, echan en mis aguas sus grandes redes, y las sacan cargadas de salmones, anchoas, sardinas y mil otros pescados; pero no pueden

alejarse mucho de la costa, en sus embarcaciones ligeras. Si lo deseas, sube a un vapor, y llegarás conmigo a tierras lejanas.

El viajero se embarcó en un buque grandísimo, en el cual había dormitorios, llamados “camarotes”, cocina y víveres para una larga travesía.

A los pocos días de navegar en él, el viajero no divisaba ya ninguna orilla. ¡Agua, y siempre agua!

Estaba en medio del océano, que le daba una idea de la grandeza del universo.





## EL JARDÍN DE LA SEÑORITA ELCIRA

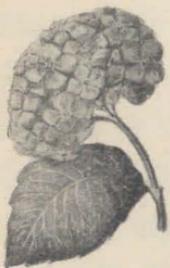
—Hoy, niñitos, vamos a jugar a la escuela de las flores. — Diciendo esto, la señorita Elcira puso un nombre de flor a cada uno de sus discípulos. Ni Margarita, ni Rosa, ni Hortensia, ni Jacinto, tuvieron que cambiar de nombre.



—Y usted, señorita, tiene que ser la flor más grande de todas—dijo Juancito, a quien le había tocado ser tulipán.

—Y la más buena—dijo Maxpimpollo.

—Y la más linda—añadió Manolo-flor-de-ceibo.



—Muchas gracias, niños. Ustedes son las flores; yo seré el jardinero que conversa con sus flores... Dime, Violeta; si recibes en tus pétalos tres gotas de rocío, y bebes sólo una, ¿qué sucederá después?

—Que el sol se beberá las otras dos, y yo quedaré muy fresquita...

—Muy bien dicho. Y tú, Rosa, si el viento te arranca cinco pétalos, una “vaquita de San José” te come uno, y tenías treinta ¿cuántos te quedan?

—Me quedan veinticuatro pétalos mal seguros, porque cuando uno ha volado, los demás sienten deseos de volar también, y me cuesta gran trabajo mantenerlos en mi cáliz.

—Cuando hayas perdido todos los pétalos ¿qué te quedará además del cáliz?

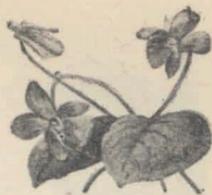
—Me quedarán los estambres y el pistilo.

—¿Y qué harás entonces?

—Prepararé mi frutita colorada; dentro de ella están mis semillas.

—¿Sabrás decirnos, Pimpollo, qué te hace falta para convertirte en una linda rosa como tu hermana?

—Tiempo, para que mis pétalos vayan abriendo uno a uno.





—¿Y qué más?

—Aire, luz, agua, calor...

—Si una abeja te visita ¿qué se lleva de ti, Tulipán?

—Lleva néctar para su miel y también *polen* en las patitas.

—¿Y qué hace la abeja con el polen?

—No sé, señorita.

—Lo deposita casi todo en otro tulipán, para que se forme la semilla, y lleva un poco a su panal para alimento de las abejas chiquitas, llamadas *larvas*... Madreselva, veo a un picaflor revoloteando alrededor de ti... ¿Qué busca, al introducir su piquito en el tubo de tu flor?

—Busca el néctar dulce para alimentarse, y quizá también algunos bichitos muy pequeñitos.

—Y tú, Amapola, ¿qué haces durante el verano?

—Construyo una cajita con tapa para guardar mis semillas. Los chicos la cortan y, jugando con ella, siembran los granitos.



—Eres muy hábil, hermosa Ampolita... Pero tú ¡pobre Azahar! has perdido tus pétalos. ¿Qué será de ti?

—No me compadezca, señorita; pues me convertiré en una jugosa naranja, si soy azahar de naranja, y en un limón, si soy azahar de limón.

—Podrías ser también azahar de lima o de toronja; y tienes razón de estar contento con tu suerte... Yo quisiera saber, Hortensia, por qué cambias de color.

—Soy rosada o celeste según las sustancias minerales que absorbo de la tierra.

—Dime, Narciso, ¿por qué te vergües tan orgulloso?

—Porque florezco en invierno, cuando no hay casi ninguna otra flor.

—¿No tienes nada que replicar, Jacinto?

—¡Oh, sí! Mis flores se abren también en invierno. Y no sólo hay jacintos de distintos colores: blancos





rosas, lilas, morados, sino que tienen un delicado perfume. Puedo, pues, estar más orgulloso que el narciso...

—Mis flores nada tienen que envidiarse unas a otras. Son todas encantadoras; cada una en su especialidad... ¡Margarita; quiero que me sirvas de *oráculo!* Para saber si mi discípula Margarita me quiere, deshoja tu corola, diciendo, en un pétalo *sí*, en otro *no*. En el caso de que tus pétalos sean veintiuno, y que haya empezado yo diciendo *sí* ¿qué me dirá el último?

—Que *sí* la quiero, señorita y le dirá la verdad.

—¡Cuántas cosas saben mis flores! Me gustaría, ahora, tejer con ellas una corona...

—¿Cómo, señorita?

—Es muy fácil. Tómense todos de la mano... ¿No es esta rueda una linda corona? Ahora cantemos:

Esta clase es un jardín,  
cada niño es una flor;  
la maestra es jardinera  
que los cuida con amor.



## EL SANTO DE LA SEÑORITA ELCIRA

Querida Mercedes:

¡Qué lindo día hemos pasado! ¡Cuánto siento que tuvieras que ausentarte! Quiero, por lo menos, contártelo todo; así aunque sea de lejos, participarás de nuestra fiesta...

Hoy era el santo de la señorita Elcira. Yo lo supe hace una semana, por mamá, que es amiga de la señorita. Entre todos los chicos de la clase, nos propusimos darle una sorpresa.

Con permiso de la Directora, preparamos un programa, lo más completo que pudimos. Esa mañana fuimos al colegio más temprano que de costumbre y adornamos la clase con flores. ¡Vieras qué bonita quedó! Colocamos guirnaldas en las paredes y flores en el pupitre de la maestra. Cuando llegó la señorita ¡qué sorpresa tuvo!

Manolo quiso, el día anterior, componer, él mismo, los versos que le habíamos de decir. Empezaba:

*Buenos días, señorita,  
mantantirulirulá...*

pero no sabía seguir.

Entonces fuimos a ver a Susana, su hermana mayor que, como sabes, compone versos muy bonitos; y le pedimos que nos escribiera la composición.

Nosotros nos reíamos de ese comienzo de Manolo.

—Eso está bueno para jugar —decíamos;— pero no para decírselo a la señorita.

—¿Y por qué no? —dijo Susana. — A la señorita le agrada que piensen en ella con alegría.

Y Manolo recitó, en nombre de todos, los versos compuestos por su hermana:

Buenos días, señorita,  
mantantirulirulá;  
con nuestros juegos y cantos  
hoy te queremos honrar.

Y tú nos has enseñado  
que la alegría es el pan,  
que no se compra con oro  
mas con buena voluntad.

Que cumpliendo los deberes,  
se llena el alma de paz,  
y se enciende en la conciencia  
una inmensa claridad.

Yo sé que toda tu vida  
trabajaste con afán,  
para enseñar a los niños  
alejándolos del mal.

Pues es tu mayor elogio  
nuestra alegría ¿verdad?  
En ella ves reflejadas  
tu paciencia y tu bondad.

Con cariño nuestras rosas  
recibe, pues. ¡Ojalá  
seamos tu recompensa  
sin disgustarte jamás!

Pero ofrecerte queremos  
una flor de otro rosal;  
una palabra escogida  
en un libro de verdad.

Dice ese libro que un día,  
en cielo de eterna paz,  
los que en la tierra enseñaron  
como estrellas brillarán.

*Buenos días, señorita,  
mantantirulirulá.*

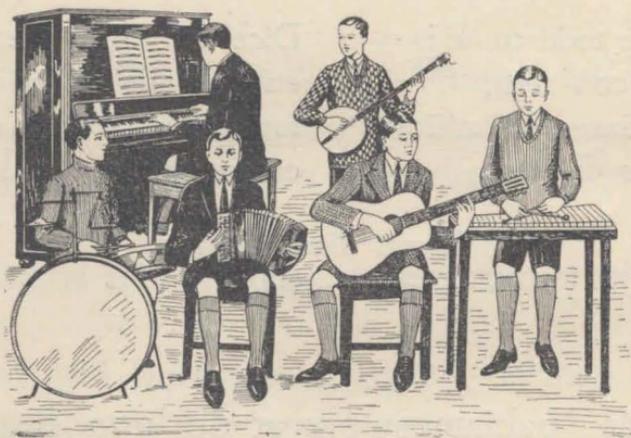
Además, habíamos preparado una linda orquesta. Los chicos de la clase que saben tocar algún instrumento, se reunían en casa de tía Julia, a ensayar. Federico, que toca tan bien el piano, los dirigía; y así aprendieron varias piezas de mú-

sica, que tocaron para comenzar y para terminar el programa. Esto les costó mucho trabajo; pero después estaban encantados con el gusto que le dieron a la señorita y el éxito que obtuvieron.

La señorita, nos dió las gracias, muy conmovida. Y nosotros nos sentimos felices al ver que le habíamos causado tanto contento manifestándole nuestro cariño.

Te abraza tu amiga

Cecilia.



# DO, SOL, MI...

*Allegretto.*

Do, sol, mi; do, sol, mi; Bai-la.remos a com. pás.

The first system of music features a treble and bass clef with a 3/4 time signature. The melody is written in the treble clef, and the accompaniment is in the bass clef. The lyrics are: "Do, sol, mi; do, sol, mi; Bai-la.remos a com. pás."

Con gra-cia li-ge-ra De.mos un pasolicia a trás

The second system continues the melody and accompaniment. The lyrics are: "Con gra-cia li-ge-ra De.mos un pasolicia a trás"

Do, mi, sol; Do, mi, sol; A.van.ce.mos nuestro pie,

The third system continues the melody and accompaniment. The lyrics are: "Do, mi, sol; Do, mi, sol; A.van.ce.mos nuestro pie,"

Con aj-re ri-sue-ño Mar-can-do el tiempo qndos,

The fourth system continues the melody and accompaniment. The lyrics are: "Con aj-re ri-sue-ño Mar-can-do el tiempo qndos,"

tres.

The fifth system concludes the piece with the word "tres." in the treble clef. The accompaniment continues in the bass clef.

## EL BATALLÓN IMPROVISADO

Una tarde los chicos oyeron un extraño ruido. Era como susurro lejano.

—¿Qué será? — se preguntaban ansiosos.

En eso gritó don Tomás:

—¡La langosta, la langosta! — Y corriendo, fué en busca de un trapo y un palo.

—¿Un trapo y un palo para matar la langosta? — preguntó Tito sorprendido.

—No es para matarla — le explicó don Tomás; — es para ahuyentarla, para hacerla seguir su camino.

Tito miró para todos los lados, pero no vió ninguna langosta.

—¿Dónde está? — preguntó.

—¿Ves aquella nube oscura? Es una manga de miles y miles de langostas. Van volando muy alto, y cuando descubren un campito verde bajan a comer. Pero podemos defendernos, y conseguir que no se instalen en nuestra huerta.

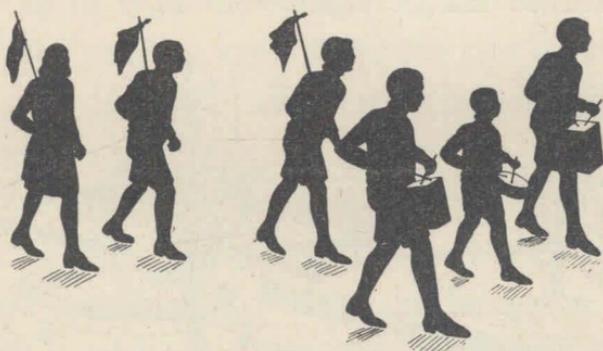
Don Tomás, al mismo tiempo que hablaba, sujetaba el trapo a un extremo del palo.

Al llamado de Tito, acudieron Manolo, Juan, Jorge y María.

—¡Tengo una idea! — dijo Juan; — juguemos a los

soldados. Tito marcará el paso con su tambor. Los demás esgrimiremos, para espantar a estos bichos, banderas, espadas y escopetas. Yo daré la orden de perseguir y matar cuando sea necesario.

Cada uno se procuró un instrumento adecuado; luego, en hilera, comenzaron todos la marcha. Juan iba delante, dando las voces de mando:



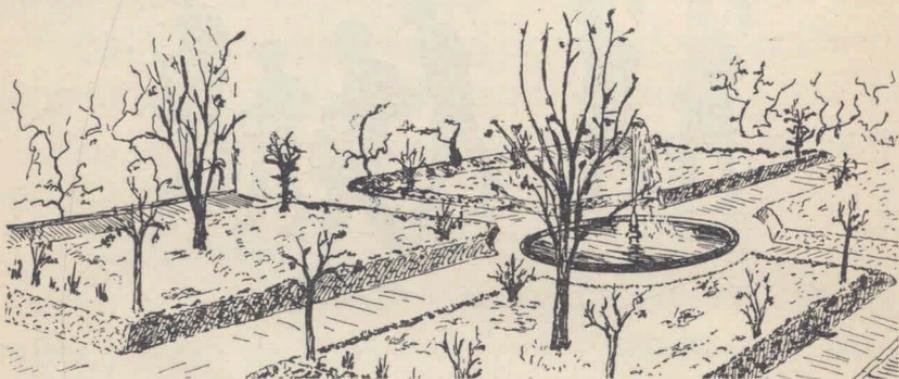
—¡Media vuelta! ¡Paso redoblado!... ¡Mar!...

Un buen número de langostas había bajado ya; pero salían volando en cuanto se acercaba, con su música y sus armas, el improvisado ejército.

Los soldados golpeaban los árboles, hacían ondular sus banderas de vistosos colores, y, manejando las espadas de palo, mataban a golpes, las langostas que quedaban en el suelo.

Además, en el centro de la huerta, encendió el quintero una gran fogata, en la cual vertió una pequeña cantidad de alquitrán. Esto produjo una negra y espesa columna de humo. Nada ahuyenta tanto a la langosta voladora como el humo.

Cuando, por fin, desapareció la plaga, don Tomás llevó a los niños a una quinta cercana para mostrarles los estragos que hacen las langostas cuando no se las persigue.



Los árboles estaban allí sin hojas y sin fruta; los durazneros sólo conservaban los carozos pelados colgados de las ramas; los rosales no tenían flores ni hojas. No había una sola planta verde en el jardín. ¡Qué triste parecía todo!

—¿Aquí no había chicos que jugaran a los soldados?—preguntó Tito.

—Sí, había chicos — contestó don Tomás; — pero nadie les enseñó a ser útiles, como pueden serlo hasta en sus juegos...

Don Augusto les explicó, después, que habían conseguido defender la quinta por tratarse de un espacio pequeño; pero que, en las grandes extensiones, es casi imposible resistir a la invasión de la langosta *voladora*.

—No es la que hace más daño — añadió. — El gran peligro está en que deposite sus huevos. Para este fin, la langosta elige un terreno seco y sin vegetación; allí clava, en la tierra, una especie de canuto que contiene numerosos huevos. El mejor remedio es, entonces, arar aquel terreno.

Si llega a salir del huevo, la langosta, primeramente muy pequeñita, se convierte, en pocos días, en una manga que va arrasando los campos por donde pasa. A esta langosta pequeña puede combatírsela con fuego.

Contra la *saltona* se emplea la *barrera metálica*, con la cual se rodea el terreno que quiere preservarse. “La saltona” va entonces corriendo, a lo largo de la barrera, hasta caer en pozos especialmente abiertos de trecho en trecho. Allí se la mata y se la entierra.

## EL TESORO ESCONDIDO

—¿Cómo puedes decirnos, papá, que es ocupación conveniente la de trabajar en el campo, cuando tan fácilmente puede perderse la cosecha?

¡Las plantas tienen tantos enemigos! Las heladas, el granizo, las hormigas, la langosta y otros mil insectos que las dañan. Esto, sin contar las enfermedades que a menudo las perjudican, especialmente a las viñas y a los árboles frutales; luego las inundaciones, las secas, etc.

—Muchos de esos daños, Juancito, pueden evitarse, o subsanarse con cuidados: las inundaciones, con canales por donde el agua corre; la seca, con el riego; y hay casi siempre algún medio para defenderse de los insectos. Es cierto que algunos de esos azotes son imposibles de prever e inevitables. Pero, en suma: al cabo de cinco años, por ejemplo, el resultado es infaliblemente bueno para el agricultor. Sí, hijo mío; la tierra esconde en sus entrañas el mejor tesoro. Para que lo recuerdes, te repetiré una fábula muy conocida:

Un chacarero que se moría, sabiendo que sus hijos eran perezosos, los llamó y les dijo:

—Muchachos: hay en la chacra, debajo de la tierra, una bolsa de oro escondida. Cavad y la encontraréis.

Murió el padre, y los hijos tomaron sus palas y sus azadas. Cavaron, y cavaron... No hallaron, por cierto, la bolsa de oro; pero removieron tan bien la tierra que la chacra dió mejor cosecha que nunca.

Y fué así cómo encontraron el tesoro escondido.

La tierra recompensa siempre. El trabajarla tiene, además, la ventaja de obligarnos a una vida sana al aire libre, y la de enseñarnos, a apreciar las maravillas de la naturaleza.



## JUEGO DE HOMÓNIMOS

Adita está en “berlina”. Los otros niños eligen una palabra que tenga varios significados; es decir, una palabra que tenga sus *homónimos*. Adita, por las respuestas que cada uno dé a las tres preguntas indicadas, debe adivinar cuál es esa palabra.

Pregunta primero a Juan:

—¿Cómo la quieres?

—Madura — contesta Juan.

—¿Para qué la quieres?

—Para pasear en ella.

—¿Dónde la quieres?

—Donde está, pues no la podré trasladar de allí ni con todos los bueyes del mundo.

Adita piensa; madura, tiene que ser una fruta... Para pasear por ella y que no se pueda trasladar... ¿Será una ciudad? ¿Será Damasco? ¿Será Granada? Las dos pueden ser frutas y ciudades...

Pero Adita calla y pregunta a Jorge:

—¿Cómo la quieres?

—De hierro — contesta Jorge.

—¿Para qué la quieres?

—Para comerla.

—¿Dónde la pondrás?

—En el Perú.

Adita piensa de nuevo: ¿Para comerla? Está claro; es una fruta. ¿En el Perú? Sí, debe ser una ciudad del Perú... Pero de hierro... ¿qué podrá ser de hierro?

Y por fin pregunta a Tito:

—¿Cómo la quieres?

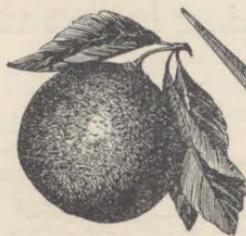
—Amarilla — contesta Tito.

—¿Para qué la quieres?

—Para limarme las uñas.

—¡Ah!, ya sé, ya sé... ¿Conque te vas a limar las uñas con una *lima* de hierro?... Todos quieren una *lima* amarilla y madura para comerla... Y Juancito quiere pasear por las calles de la ciudad de *Lima*, que está en el Perú, y que no podrá trasladar de allí ni con todos los bueyes del mundo.

—Has adivinado, Adita, y mereces comerte la lima.





## EL NIDO

### I

Doña Golondrina iba a fabricar su nido. Con barro y hojas secas hizo primero la parte de afuera, es decir, las paredes; faltaba tapizar la casa, poner las alfombras, hacer las camas.

Se paró entre las orejas del caballo y le preguntó:  
—¿Quieres darme un poco de cerda para mi nido?

El caballo movió la cabeza como diciendo: “sí, sí”, y la golondrina le arrancó con su pico algunas crines.

Encontró luego, en el suelo, unas hebras doradas del cabello cortado a Luisita y dijo: “Esta cerda es más fina que la del caballo; es muy bonita. Adornaré con ella mi casa”. Así lo hizo, mas

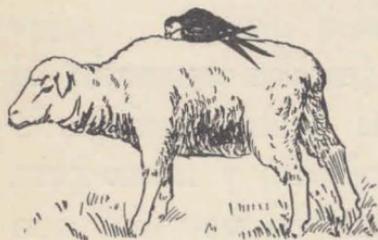
luego añadió: “Ahora quisiera algo más abrigado”.

—Ovejita, ¿quieres darme un poco de lana para mi nido?—preguntó a la oveja.

La oveja hizo *bée, bée*, y fué un balido tan suave, que parecía decir: “con mucho gusto, golondrina”. La golondrina arrancó algunos hilos de lana de la ovejita, y los llevó también a su nido.

—Está bien — se dijo entonces — pero yo quisiera algo más suave todavía.

Y arrancándose ella misma las plumitas más finas de su pecho, tapizó con ellas el fondo del nido.



¡Ahora sí que el nido era bonito, abrigado y suave! ¡Ya estaban preparadas las camitas! Y por fin, sobre los colchoncitos de plumas, puso doña Golondrina tres huevitos blancos.

# LOS PICHONES

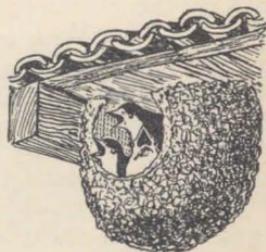
## II



Al poco tiempo de haber puesto doña Golondrina los huevos en el nido, un pichoncito, rompiendo con el pico la cáscara de su huevo, asomó la cabecita y dijo: “Aquí estoy”. “Aquí estoy”, dijo el segundo del mismo modo. “Aquí estoy”, dijo el tercero. Y los tres salieron del cascarón.

Doña Golondrina tuvo, al verlos, gran alegría. “Tengo hambre”, dijo el primero de los pichones. “Tengo hambre”, dijo el segundo. “Tengo hambre”, repitió el tercero.

El papá Golondrín, que estaba asomado al borde del nido, y que también se había alegrado al ver a sus hijuelos, salió volando y llevó: para el primero un gusanito, para el segundo una mosca y para el más chiquito de los tres un pedacito de azúcar que encontró junto a un hormiguero. La mamá repartió la comida, dándole con el pico, a cada uno su parte.



Un día el pichoncito más grande dijo: “Quiero salir del nido”, y saltó a una rama. “Quiero salir del nido”, dijo el segundo. “Quiero salir del nido”, dijo el tercero. Y los tres se posaron en la rama.

Por la tarde, antes de dormirse en el nido, hablaban los tres a un tiempo, llenos de admiración: “¡Qué grande es el mundo! ¡Qué lindo es! ¡Cuántas hojas tiene!”, decían en un idioma de pío-pío, que sólo sus padres comprendían.



Otro día dijo el más grande: “Quiero volar”. “Quiero volar”, dijo el segundo, y el menorcito también dijo: “Quiero volar”.

—Hagan como yo — dijo la madre, abriendo sus alas.

—Tengo miedo — dijo el mayor.

—Tengo miedo — repitieron sus hermanitos.

—¡Vamos! — los animó la madre. — ¡A la una! ¡a las dos!, ¡a las tres! — Y voló el primero, y voló el segundo, y hasta el más chiquito de los pichones pudo volar también. Y todos cantaban: “¡Qué lindo es volar! ¡Qué lindo! ¡Qué alegría!”

# UNA FAMILIA DE EMIGRANTES

## III

Una mañana el pichoncito mayor, que era ya casi mozo, exclamó: “¡Qué frío siento!” “¡Qué frío!”, exclamó el segundo. “¡Qué frío”, exclamó el tercero.

“Yo quisiera viajar”, dijo el primero. “Yo quisiera viajar”, repitieron sus hermanos.

—Sí, hijos míos —respondió la golondrina; — tenemos que emprender un largo viaje en busca de calor.

Los pichoncitos, que deseaban conocer todo el mundo, batieron las alas, diciendo de nuevo: “¡Qué alegría! ¡Qué alegría!”

—Aunque podéis ya viajar solos —continuó la madre — no os apartéis de mí, que puedo daros buenos consejos.

Y esa misma tarde, todas las golondrinas del



pueblo, se reunieron en el campanario de la iglesia.

La más vieja de las golondrinas se puso a la cabeza y a una señal que dió, salieron todas volando. La bandada formaba un triángulo.

Llegaron al puerto, y el pichoncito mayor, preguntó:

“¿Aquí se acaba el mundo?” “Empieza otro”, corrigió el segundo. Y el tercero estaba tan asustado que no dijo nada.

“¿Qué mundo tan raro!”, prosiguió el primero. “No tiene árboles”, observó el segundo. “Se mueve y ruge”, dijo el más chico.

—Es el mar — explicó la mamá golondrina.

“¿Falta mucho para llegar?” “¿No nos tragará el mar?”, seguían preguntando los pichones.

—¡Valor, hijos míos! — contestaba la madre; — hecho muchos viajes como éste, y todos han sido buenos.

Y volaron, y volaron sobre el mar...

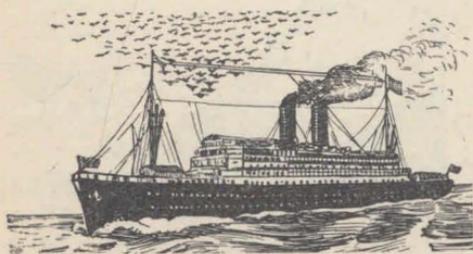
De pronto, el pichón mayor exclamó: “¡Veo



un árbol muy grande!” “Es un árbol sin hojas”, dijo el segundo. “Es un árbol que camina”, añadió el tercero.

“No es un árbol, ¿no ven que echa humo?”, observó el primero. “Es una casa; una casa que anda”, dijeron los demás.

—Es un buque con su *arboladura* —explicó la golondrina. — En sus ramas podremos descansar, ¡pero estad alerta! A la primera señal volad, porque va lleno de hombres que podrían apresarnos.



“¿Cómo lo podrían?”, preguntaron los pichones.

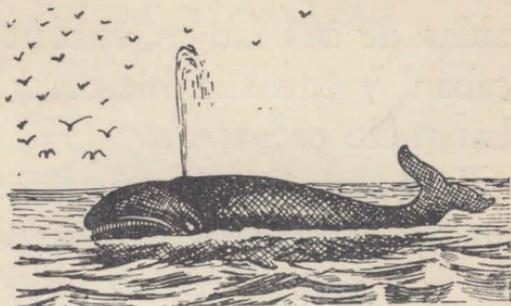
—No lo sé —contestó la mamá;— los hombres saben muchas cosas que nosotros ignoramos; pero lo que ellos no saben es volar. Por eso, para viajar sobre el agua, necesitan esas casas que caminan.

La bandada de golondrinas se detuvo a descansar en los *mástiles* del buque. Hablaban todas a la vez: *clic, clac, clic, clac*. Y los pasajeros del barco las miraban con placer.

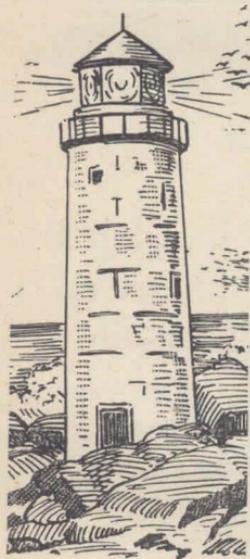
—Este vapor va demasiado despacio —dijo, de

pronto, la golondrina vieja. Y la bandada alzó el vuelo.

Volaron, y volaron de nuevo las viajeras... Descansaron un instante más sobre el lomo de una ballena que parecía



una isla. Y poco antes de llegar al término de su viaje, descansaron también en un faro. Era de noche, y al ver la luz, los pichones preguntaron si aquello era una estrella o el sol que salía. La madre les explicó que aquella luz la cuidaba el torrero para guiar a las embarcaciones que, sin ella, podían extraviarse en el mar, a cierta distancia de la costa; pero que el faro era principalmente útil para descanso de los pájaros viajeros. Así lo creía la golondrina.



Llegó, por fin, la bandada, a un pueblo cuyos habitantes las saludaron con ale-

gría, sabiendo que con las golondrinas llega la primavera. Las avcillas se sintieron recompensadas de sus fatigas, encontrando el sol que buscaban, y entre la hierba, y sobre las plantas, el banquete preparado.

Los agricultores y jardineros las dejaron entrar en sus jardines y sembrados, porque sabían que las golondrinas comen poco grano, y devoran en cambio muchos insectos que dañan a las plantas. Los muchachos las convidaron con migajas de pan. Y esa noche soñaron todas con la primavera que allí les esperaba. ¡Felices golondrinas!



# CANCIÓN DEL PAJARITO

(DEL INGLÉS)

En una casa  
toda cerrada,  
primeramente  
no estuve mal;

creí que el mundo  
era pequeño,  
redondo, blanco,  
y hecho de cal.

Un blando nido  
habité luego  
y allí mi infancia  
feliz corrió;

creí que el mundo  
era de paja,  
y que mi madre  
lo fabricó.

Alegre un día,  
salté del nido;  
cuando en las verdes  
ramas me ví,

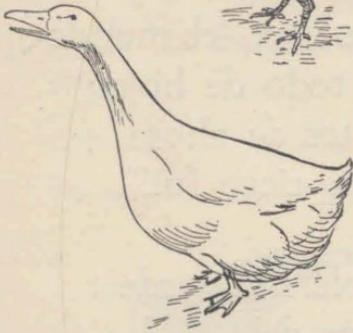
me dije: "el mundo  
es todo de hojas;  
antes de ahora  
¡qué ciego fui!"

Volé más tarde  
lejos del árbol,  
ya fuerte y hábil  
para vivir...

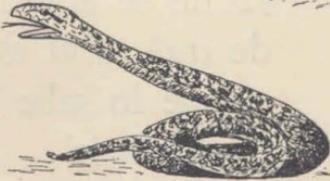
¡Y no sé ahora  
de qué es el mundo,  
ni me lo sabe  
nadie decir!



## CONCIERTO

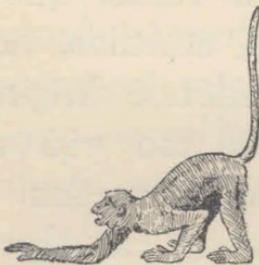
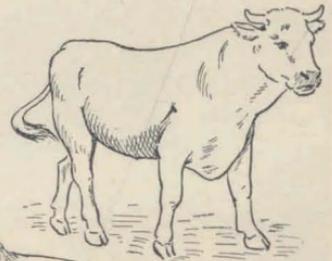


El gallo *canta*  
La gallina *cacarea*  
El loro *habla*  
La paloma *arrulla*  
El ganso *grazna*  
La rana *croa*  
La culebra *silba*





El perro ladra  
 El caballo relincha  
 El asno rebuzna  
 El gato maúlla  
 El cerdo gruñe  
 La oveja bala  
 El lobo aúlla  
 El toro brama  
 El león ruge  
 El mono chilla.



G

## EL VESTIDO DE PERCAL

Ratona, queriendo sorprender a sus compañeras las ratas del pueblo, fué a casa de la modista y le preguntó:

—¿Cuánto me llevas por hacerme un vestido de percal blanco con quesitos rojos?

—Veinte monedas — contestó la modista.

—¡Oh!, es muy caro.

—Tráeme el género y te saldrá más barato.

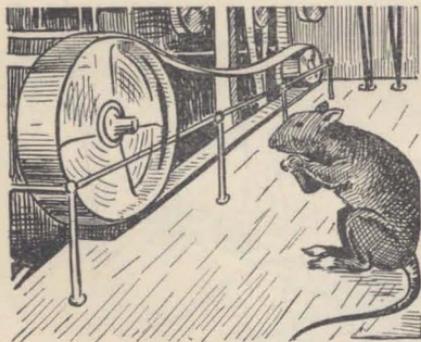
Ratona fué a la tienda y preguntó al tendero:

—¿Tienes percal blanco con quesitos rojos?

—No tengo “de ese gusto” — contestó el tendero; — pero puedes ir a buscarlo al *telar*.

La rata fué al telar, que era una *fábrica* muy grande. Había allí tantos hombres trabajando en las máquinas, y tanto ruido, que Ratona, aturdida, no sabía adónde dirigirse.

En eso vió unas grandes ruedas que, andando, cantaban:



*Dando vueltas, preciosos tejidos  
fabriquemos, para los vestidos.*

“¡Hola! Esto es lo que necesito”, pensó Ratona.

—Ruedas, ¿podríais hacerme una tela blanca con quesitos rojos? — les preguntó.

—Tráeme el hilo — contestaron las ruedas, sin dejar de dar vueltas ni de cantar.

Ratona vió un poco más lejos, en la misma fábrica, otras ruedas; se acercó a ellas y oyó que decían:

*Hilemos, hilemos el algodón,  
dando vueltas y vueltas, din don don.*

—Justamente; he aquí lo que me hace falta ahora—dijo Ratona, y preguntó a las ruedas: — ¿Podríais darme un poquito de hilo?

—Tráenos el algodón desgranado, y nosotras lo devanaremos con nuestros husos—contestaron las ruedas.

Ratona se fué a ver al desgranador.



—Buen hombre — le dijo — ¿quieres darme un poco de algodón sin semillas?

—Tráeme primero el algodón, y yo lo desgranaré — contestó el desgranador.

Ratona se fué al Chaco, donde estaba la planta del algodón, y le preguntó:

—Amable planta, ¿quieres darme un poco de algodón?

—Con mucho gusto — contestó la planta; — pero antes tráeme un poco de agua, porque tengo mucho calor.

Ratona buscó agua, regó la planta, y ésta, abriendo

sus capullos ya maduros, dejó salir de ellos blancos copos de algodón suave y flexible.

Ratona, loca de contento, pensando en su vestido de percal, llevó el algodón *en rama* al desgranador. El desgranador le sacó las semillas, y cobró por su trabajo una moneda.

Las ruedas que movían los husos hilaron el algodón, y cobraron dos monedas.



Las ruedas de la máquina tejedora, tejieron con el hilo una tela blanca con pintas coloradas, que parecían quesitos de Holanda. La máquina tejía y estampaba los colores al mismo tiempo, y por este trabajo Ratona pagó tres monedas.

El tendero midió el género, lo dobló, lo envolvió muy bien en un papel azul, lo ató con una piolita, y lo entregó a Ratona, con un abanico de yapa, cobrándole cuatro monedas.

Por fin, la modista hizo el vestido, y cobró por la costura cinco monedas.

Ratona sacó la cuenta: “Me ha costado quince monedas el vestido —se dijo.— Me ha dado mucho trabajo buscarlo todo yo misma; pero me he ahorrado cinco monedas, y he aprendido cómo se hace un vestido de percal blanco con quesitos rojos. Ahora me presentaré muy orgullosa entre mis compañeras las ratas, con mi vestido nuevo. Pero ¡con cuánto respeto pasaré delante de los hombres que saben tantas cosas!”

¿Sacó bien su cuenta Ratona?

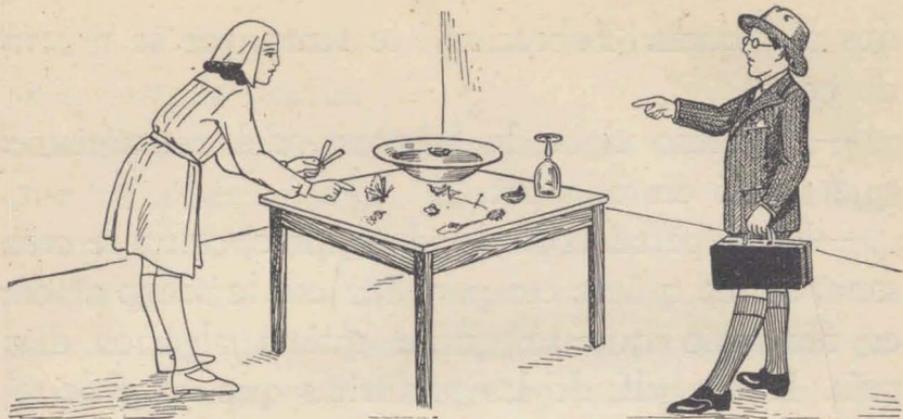


## DIVERSIÓN CRUEL

Un niño tirando piedras  
a un sapo, se divertía;  
y cuando el golpe acertaba  
sin compasión se reía.

En esto oyó aquel chicuelo  
que el sapo le hablaba así:  
“Lo que para ti es juguete,  
es la muerte para mí”.





## EL HOSPITAL DE ADITA

—Me parece que mis enfermos se sienten muy bien en sus camitas verdes.

—Lo creo, señorita. Las plantas son las mejores camas para los bichitos.

—¿Y cómo encuentra a esta mariposita, doctor? La saqué moribunda de una telaraña.

—Me parece que vivirá, gracias a sus cuidados; pero debe evitarle la vista de todo lo que se parezca a una araña, para que no sufra pesadillas. ¿Qué hace con esos palitos?

—Estoy fabricando muletas para la enferma número cinco, la mariposa grande que tiene las

dos alas rotas. ¡Pobrecita! Me temo que se muera de pena.

—¿Y cómo sigue la langosta, del reumatismo que sufrió en una pata?

—Está apenas convaleciente; pero, como se cree sana, se me quiere escapar. Por eso la tengo atada; es necesario que se quede quieta algunos días más. Le sigo dando las pildoritas que usted le recetó. La señora Amapola las tenía preparadas en su cajita.

—Es una buena boticaria. Pero ¿cuál es el enfermo que llora?

—Este grillo bebé, doctor. No sé por qué no puede saltar. Lo he puesto en una cunita que se mece.

—¿Qué bonita es! ¿Dónde la compró?

—La hice con la mitad de una nuez que compré en la carpintería del Nogal. La colchita rosada la compré en la tienda del Rosal, tejida por doña Rosa.

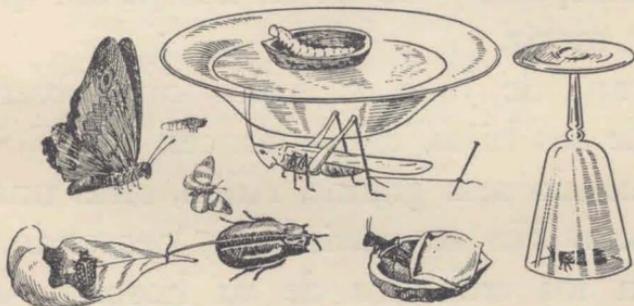
—¿Y qué ha hecho usted con la otra mitad de la nuez?

—Es un barco, doctor. Vea cómo flota en el agua. En él navega una oruga que está siempre pálida. Usted me dijo que necesitaba el aire del mar.

—Y el mangangá encerrado en la copa ¿ha pasado bien la noche?

—Sí, ya no tiene fiebre; pero su ronquera creo que va a ser crónica. No me animo por eso a dejarle tomar el aire; lo tendré algunos días más en su palacio de cristal.

—El aire no es malo, señorita; no lo tenga demasiado encerrado. El aire es indispensable para vivir. Y estas luciérnagas ¿qué enfermedad tienen?



—No confunda, doctor; son los focos de luz eléctrica del hospital.

—Allá va un escarabajo... Lo cazaré porque puede sernos útil. Tiene mucha fuerza; es como el buey de los insectos; pero cuidado con su cuerno, que pincha.

—Muy bien, doctor. Justamente he recogido una "vaquita de San José", aplastada casi del todo. Es una inválida y hay que distraerla. Vamos a

atar, con un hilo, su cochecito blanco de pétalo de lirio, al cuerno de ese buey para que lo arrastre.

—Me parece una buena idea, señorita. ¡Hola! Ya está. ¡Qué buen caballo es este bicho! Pero hay que tener mucho cuidado con los enfermos... La “vaquita de San José”, apenas se encuentre mejor, querrá comerse su coche.

—¡Con tal que no le haga daño! Porque ¿sabe doctor? les estoy tomando cariño a los enfermos de mi hospital, y me da tristeza pensar que se me pueden morir.

El papá de Juan y Adita, que observaba el juego de sus hijos, dijo entonces:

—Cuando seas grande, Adita, serás una buena enfermera. No te entristezcas, pensando que se morirán los enfermos de tu hospital. Aunque los pierdas todos, no se perderá el cariño que les has tenido. Si careces del poder de hacer revivir estos bichitos, puedes, en cambio, cultivar en tu corazón, duraderas flores de compasión y de bondad.

Como dice un poeta inglés, vale más haber querido algo y perderlo, que no haber querido nunca nada.

# LA CARIDAD

Socorriendo al necesitado,  
la bondad duplica tu don  
si, de acuerdo y a un tiempo mismo,  
dan la mano y el corazón.

Mientras la mano generosa  
al pobre la limosna da,  
haga, sincero y compasivo,  
el corazón, la caridad.





## UNA BUENA OBRA

Una mañana, al acercarse Adita a la casa de don Tomás, en el fondo de la quinta, encontró a Rosita, la chiquita de un año escaso, llorando, sentada sobre el pasto.

A pocos pasos de ella, la madre, ocupada en ordeñar la vaca, trataba inútilmente de consolarla con sus palabras.

Adita se acercó entonces a la chica, y la levantó en sus brazos. Ésta, asustada en el primer momento, gritó aún con más fuerza. Pero Adita no se desalentó, y consiguió por fin distraer y hacer reír a la chicuela.

Muy satisfecha Adita de su obra caritativa, pues había consolado a una pobrecita que lloraba, la depositó de nuevo en el suelo, sentándose a su lado.

De una pieza interior salió Inés, la hermanita de Rosa, de tres años, que tenía, en una mano, algunas lastimaduras cubiertas de suciedad.

No le gustaba a Adita ver lastimaduras. Y antes de que Inés se le acercara, se puso de pie, y sin despedirse de doña Micaela, se encaminó a su casa. Pero a los pocos pasos reflexionó: "No he sido caritativa como me enseña tía Adelia. He consolado a una chiquita, pero me he alejado de la otra."

Cuando llegó a su casa, tenía ya su resolución tomada, y preguntó:

—Mamá ¿cómo se curan las lastimaduras?

La madre, sospechando de lo que se trataba, respondió:

—Se lavan con agua hervida y tibia, hasta que queden bien limpias; luego se les aplica cualquier *desinfectante*.

—¿Y cómo se prepara ese desinfectante?

—Puedes, por ejemplo, poner en una taza de agua hervida, una cucharada de *agua oxigenada*, y aplicarla luego a la lastimadura, con un algodón.

Pero debes tener cuidado de que el agua esté a una temperatura agradable. Por último, para preservar la lastimadura del polvo, o de cualquier contacto que la pudiera empeorar, se le pone encima una gasita, sujeta con una venda.

Adita buscó todo lo necesario, y volvió a la casa de doña Micaela.

—¿Me permite curar a su hija?— le preguntó.— Mamá me ha enseñado cómo debo hacerlo.

Doña Micaela, que tenía muchas cosas que hacer, consintió complacida en que Adita la ayudara de este modo. Adita lavó, *desinfectó* y vendó cuidadosamente las lastimaduras de la pequeña. Y, prometiendo volver al día siguiente, se retiró contenta de sí misma. Estaba segura de haber cumplido, esta vez, sus deberes de caridad. Había sabido vencer su aprensión, y gracias a ella, Inés se curaría pronto.





## LA ESTRELLA

CUENTO

Había una vez dos huerfanitas; Marta estaba enferma y su hermana Delia la cuidaba. Una noche Martita vió una estrella a través de los vidrios de su cuarto.

—Niñita, ¿por qué me miras tanto?— le dijo la estrella.

—Estrellita, me pareces una casita de oro— dijo Marta;—pero ¿no tienes puertas ni ventanas?

—Tengo ventanas por donde entra la más suave brisa, y una puerta abierta de par en par— contestó la estrella, y desapareció.

A la noche siguiente volvió a aparecer y a preguntarle:

—Niñita, ¿por qué me miras tanto?

—Estrellita, casita de oro; tienes ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par; pero ¿no hay nada dentro de ti? — dijo Marta.

—Tengo una camita de rosas blancas, una mesita de brillantes, una silla de perlas y una tacita de plata — contestó la estrella y desapareció.

A la tercera noche volvió a preguntarle:

—Niñita, ¿por qué me miras tanto?

Y Marta dijo:

—Estrellita, casita de oro, que tienes ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par, una camita de rosas blancas, una mesa de brillantes, una silla de perlas y una tacita de plata ¿a quién esperas?

—Te espero a ti — contestó la estrella.

La enfermita vió entonces que la estrella se acercaba pasando sus rayos, uno a uno, a través de los vidrios... Y los rayos eran cada vez más brillantes; cubrían las paredes, el piso, el techo del cuarto.

—Estoy dentro de ti — dijo la niña.

Miró la cama en que estaba acostada, y vió que era de rosas blancas. A su lado había una mesa de brillantes, una silla de perlas y una tacita de plata.

—Todo esto es para mí—dijo Marta sonriendo. Luego cerró los ojos y empezó a soñar un sueño muy lindo que dura todavía y que no tiene fin.

Delia lloraba y preguntaba: ¿dónde está mi hermana? Y una noche vió la estrella. Y la estrella le preguntó:

—Hermanita, ¿por qué me miras tanto?

—Estrellita, me pareces una casita de oro—contestó Delia;—pero ¿no tienes puertas ni ventanas?

—Tengo ventanas por donde entra la más suave brisa y una puerta abierta de par en par—contestó la estrella.—Tengo, además, una mesa de brillantes, una silla de perlas, una tacita de plata... Y una camita de rosas blancas donde una niñita sueña un sueño muy lindo que no tiene fin.

—¿Y por qué tienes aún la puerta abierta de par en par?

—Porque te espero a ti—dijo la estrella, y desapareció.

Delia, que era ya grandecita, enjugó sus lágrimas, y empezó a trabajar. Se hizo muy ordenada,

pensando: si no soy aseada no podré entrar en la estrella donde todo debe brillar. Se hizo también muy buena, pensando: la estrella está muy alta en el cielo, y si no soy buena, me avergonzaré de encontrarme en una región tan pura. Y entre todas las estrellas del cielo, reconocía cada noche aquella en que estaba su hermanita.

Después de muchos años, cuando Delia era ya una viejecita muy buena, muy aseada, que había trabajado mucho, y que contaba a los chicuelos la historia de la estrella, la estrella se le apareció de nuevo y le preguntó:

—Viejita, ¿por qué me miras tanto?

—Porque sé que eres una casita de oro, con ventanas por donde entra la más suave brisa y con una puerta abierta de par en par. Y que hay dentro de ti una mesa de brillantes, una silla de perlas, una tacita de plata, y una camita de rosas blancas, donde una niñita sueña un sueño muy lindo, que no tiene fin.

—¿Y qué quieres?

—Estar yo también en ti.

Y la viejita vió entrar los rayos de la estrella a través de los vidrios, uno a uno. Cada vez más brillantes, cubrían el techo, las paredes, el piso...

Miró la silla en que estaba sentada tejiendo medias, y vió que era de perlas. Delante de ella, vió una mesa de brillantes y una tacita de plata. Y, a su lado, en una camita de rosas blancas, Delia vió por fin a su hermanita Marta que sonreía dormida.

La viejita de cabellos blancos sonrió a su vez...

Y empezó, ella también, a soñar un sueño muy lindo, que dura todavía y que no tiene fin.



# UN SECRETO

## REVELADO A LOS LECTORES

Queridos niños:

¿Habéis simpatizado con Juan, Adita, Jorge y Tito? Seguro que sí... ¡Como que son chicos tan buenos y tan alegres! Justamente, porque son alegres y buenos se les ha mostrado en estos libros, como en una vidriera.

Es muy posible que, si vuestros papás han leído estas páginas (y debéis invitarlos a leerlas), os digan alguna vez: "¡Aprendan de Juan!" o "¡aprendan de Adita!" En verdad que nada perderíais con imitar a estos chicos, pues buenos ejemplos os dan de trabajo y de estudio.

Pero son chicos que saben también jugar ¿no es cierto? Y es probable que esto sea su mayor parecido con los lectores... ¿Hay alguna de vosotras que se parezca a Adita? ¿Y alguno de vosotros que se parezca a Juan? A Jorge y a Tito ¿quiénes se les parecen?

Estos chicos os han acompañado durante el Segundo Grado de vuestros estudios, en el libro

titulado *Hogar*; y durante el Tercer Grado, en este libro titulado *Escuela*. ¡Son ya viejos compañeros! Os ha de dar lástima dejarlos... Y quizá es adivinar vuestros deseos el decir que quisierais saber algo más sobre sus pequeñas personas.

A quienes tengan este deseo, se les va a revelar aquí un secreto. La simpática Adita, el juicioso Juan, Jorge el emprendedor, y el pequeño Tito, no se han ido muy lejos. Podéis fácilmente descubrir su escondite. Pues los cuatro os están llamando desde las páginas de un nuevo libro cuyo título es *Lectura*.

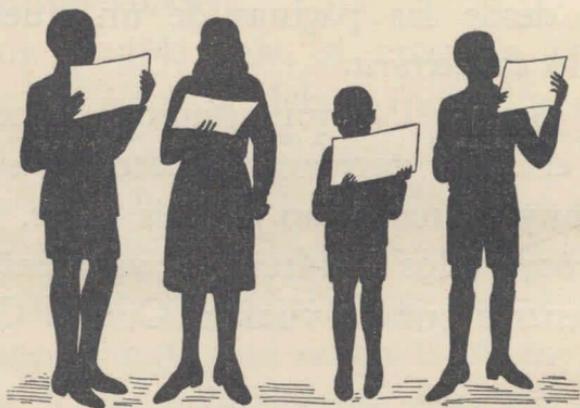
“¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!”, dicen. Pero mientras el libro permanezca cerrado, sus voces parecen muy lejanas, y no podréis oírles. Abridlo, y veréis cómo ellos se ofrecen a acompañaros todavía, mientras curséis vuestro Cuarto Grado escolar.

\* \* \*

En *Hogar* visteis a Adita y sus tres hermanos en su casa, que ellos tuvieron la ocurrencia de bautizar con el nombre de *El Arca de Noé*... por haber en ella “de todo”. Seguro que no lo habéis olvidado. En el libro que con estas páginas se cierra,

y como su nombre lo indica, les habéis visto principalmente en la *Escuela*. Y en uno y en otro, os habéis enterado de los estudios, los juegos y los trabajos que llenan sus vidas.

Habéis leído los cuentos que a ellos les cuentan, los versos que ellos saben de memoria, pues los que figuran en estos libros son los que prefieren los cuatro hermanos. Os habéis enterado igualmente de los bailes que ellos bailan y de los cantos que cantan.



Aquí, muy en confianza, hay que confesar que Jorge *desafina* bastante, y que la voz de Juan es algo áspera. Pero las cuatro voces, en *coro*, quedan muy bien. Porque Tito, a pesar de ser tan pequeño, es muy *afinado*, lo mismo que Adita, cuya voz es de un bonito timbre. Cantando jun-

tos, Jorge corrige su desafinación, y la aspereza de la voz de Juan no se nota. No hay, pues, que desanimarse...

¿Habrá alguno de los lectores que haya podido sacar en el piano el acompañamiento de *Co-co-ri-cò*? ¿Y el de *Lo que dice Tito*? Son bastante fáciles. Por lo menos, todos habrán aprendido a cantar esas cancioncillas, como Adita, Juan, Jorge y Tito... ¿Y quién podría recitar de memoria *Lo que cantaba la mamá* o *La Canción de la pastora*?

Pues bien; en *Lectura* veréis a vuestros amiguitos proseguir sus estudios, jugando nuevos juegos, recitando nuevos versos y cantando nuevas canciones. Aprovechad, queridos niños, este tiempo más en que aún quedarán con vosotros. Porque desde la última página de *Lectura*, los cuatro chicos se van del todo y no nos dicen adónde.

\* \* \*

No nos dicen Adita, Juan, Jorge y Tito, adónde se van. Pero bien sabemos que, donde quiera que se encuentren, harán honor a la buena educación recibida. Pues los hemos visto en *Hogar* y en *Escuela* —y así los seguiremos viendo en *Lectura*—

obedientes y cariñosos con sus padres, respetuosos con sus maestros, complacientes entre sí.

No nos preocupemos, pues, demasiado por su suerte. La principal felicidad, la principal alegría consisten en *una buena conciencia*. Y por lo que los tres libros nos dicen, sabemos que Adita, Juan, Jorge y Tito están ya acostumbrados a cuidar, no sólo de sus ropas y de sus libros, de sus pajaritos y de su perro, sino también de sus conciencias que valen más que todo.

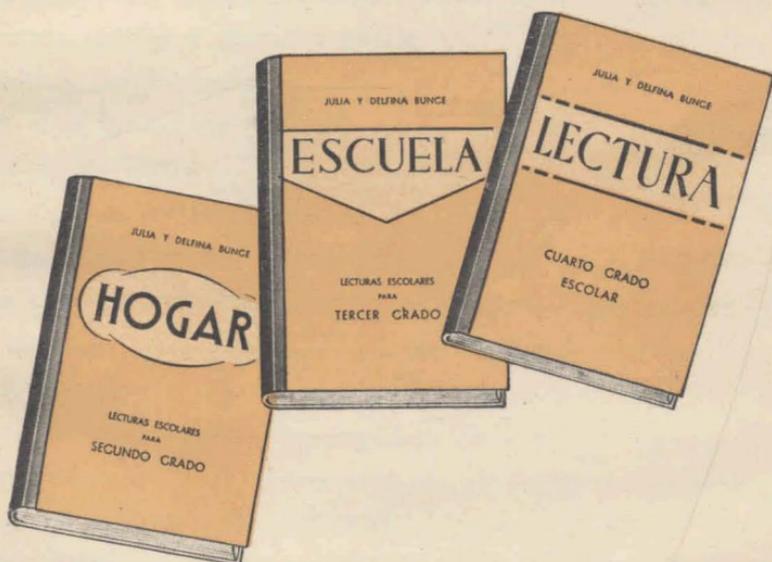
No es otra cosa que *cuidar de sus conciencias* lo que hacen cuando tratan de evitar las mentiras, las desobediencias, los actos de crueldad, y todo lo que no sea bueno. “Dime con quien andas y te diré quien eres”, dice el refrán. Así, es de desear que los lectorcitos de *Hogar*, y de *Escuela*, continúen algún tiempo más en tan buena compañía como es la de Adita y sus tres hermanos.

Y es de esperar que —¡además de cuidar ante todo de la limpieza de sus propias conciencias!— los pequeños lectores de *Hogar*, de *Escuela*, y de *Lectura*, cuiden también estos libros y los guarden. Así podrán conservar los tres volúmenes juntos, con todo lo que se sabe de los cuatro principales *protagonistas* que en ellos figuran.

Y si al llegar a la última página de *Lectura*, alguien pregunta: “Y ahora ¿desaparecen ya del mundo estos cuatro chicos?”, contestaremos:

—Es de presumir que no... Que Adita, Juan Jorge y Tito, seguirán viviendo en la memoria de los lectores que simpatizaron con ellos...

A vosotros ¿qué os parece?





# ÍNDICE

	<u>Pag.</u>
La escuela abre sus puertas .....	7
Tres buenos alumnos .....	8
Hacia la escuela (lámina) .....	10
Las composiciones .....	11
Recitando una poesía (lámina) .....	12
Segunda familia y pequeña patria .....	13
Nuestros condiscípulos .....	14
Una clase de lectura (lámina) .....	15
La señorita Elcira .....	16
Una clase de costura (lámina) .....	17
Puntualidad y orden .....	18
Una clase de gimnasia (lámina) .....	19
El estímulo .....	20
El museo .....	21
Juego de orientación .....	22
Problema .....	23
La abeja y el penacho colorado .....	24
¿Aprenderá? .....	26
El vidrio de aumento .....	28
Azabache .....	30
Jugando al ciego .....	32
El agua .....	34

	<u>Pag.</u>
En el trampolín (lámina) .....	35
Dos hermanas (cuento) .....	36
Vizcacha, vizcachón y vizcachita .....	39
Saneamiento de la quinta .....	42
El quintero .....	44
La huerta .....	46
Juego de proverbios .....	48
Las primeras violetas .....	50
Los colores (versos) .....	53
Jugando al "Enemigo" .....	54
En la Pampa (prosa y versos).....	56
Lo que ha aprendido Adita .....	58
Brisa, viento, huracán .....	60
El arbolito descontento (cuento) .....	63
Sueño del 8 de Julio.....	66
¿Volverás a mí?.....	68
Una planta que parece de cuento .....	70
El gallinero .....	72
Cómo las maravillas aprendieron a trepar (cuento) .....	74
Pascual .....	77
¡Salvado! .....	80
El vestido nuevo (cuento) .....	82
La promesa de los frutos .....	85
Botánica y dibujo .....	87
Canción de la pequeña florista (versos) .....	91
Semillas .....	92
Adivinanza .....	93
¿Adónde vas? .....	93

	<u>Pag.</u>
El burrito, la muñeca y el tordo (histórico) .....	94
El viajero .....	98
El jardín de la señorita Elcira .....	102
El santo de la señorita Elcira (prosa y versos) .....	107
Do, sol, mi (música y palabras) .....	111
El batallón improvisado .....	112
El tesoro escondido .....	116
Juego de homónimos .....	118
El nido .....	120
Los pichones .....	122
Una familia de emigrantes .....	124
Canción del pajarito (versos) .....	129
Concierto .....	130
El vestido de percal (cuento) .....	132
Diversión cruel (versos) .....	136
El hospital de Adita .....	137
La caridad (versos) .....	141
Una buena obra .....	142
La estrella (cuento) .....	145

## EPÍLOGO

Un secreto revelado a los lectores .....	150
--	-----

